

BOYSSANFON - EPILOGUE

la conquista del  
**ESPACIO**

# LA RANA

marcus sidereo

## CIENCIA FICCION



MARCUS SIDEREO  
LA RANA

# CAPÍTULO PRIMERO

Tras exponer su tesis el profesor Lom fue ampliamente aplaudido por el nutrido grupo de colegas y dirigentes que se habían reunido en la sala principal de conferencias del Proyecto Lasquelle.

Lom, el número uno del planeta, era considerado poco menos que infalible.

—Hemos tardado siglos en comprender la verdad...

Su verdad. La verdad que ya compartía todo aquel universo de seres superinteligentes sostenía la base de la singularidad de la raza.

—...Ya no cabe duda, señores: Existen otros seres, en otros lugares, pero son prácticamente incommunicables. Nuestros ojos no pueden distinguirlos. Viven bajo otras formas de vida. Pueden incluso estar aquí —sonreía ante tal afirmación—; Y podemos convivir junto a ellos. No nos molestamos mutuamente.

Alguien aún preguntó:

—¿Sigue creyendo que jamás viviremos en peligro de invasión?

—Claro que lo sigo creyendo. Es más. Afirmino que las antiguas teorías de posibles enemigos en el espacio son en nuestros tiempos totalmente infundadas. No niego la existencia de seres vivos, pero bajo otras formas tan diferentes a las nuestras que una guerra sería imposible. Insisto, señores, podemos convivir con «ellos». De la misma forma que «ellos» pueden convivir con nosotros. Es sólo una cuestión de adaptación.

Para Lom todo era claro. Un ser racional de su planeta equivalía a otro ser racional de otro planeta con una forma invisible a los ojos normales de cualquier ser viviente de aquella sociedad.

Un ser invisible.

Lom quedó pensativo.

—Invisible o tal vez no,, aunque no acertamos a verlo.

Lom tenía algo en que pensar aunque prefería no hacerlo, olvidarlo.

Pensaba en su hijo, por ejemplo.

Su hijo Guli.

Sólo tenía dieciocho años, pero...

—Profesor Lom. —Alguien distrajo su atención.

—¿Qué hay?

—Profesor, ¿qué hay de la teoría de los sentidos ocultos?

—Siempre se ha batallado sobre el mismo tema. Los sentidos ocultos no son ocultos. De serlo no los notaríamos.

—Conocemos los nuestros, pero hay gentes que...

—Discúlpeme. Saben que sobre este tema no me gusta hablar. No lo comprendo, ni nadie. Somos entes avanzados. Tenemos máquinas que nos solucionan el porvenir, carecemos de problemas. Ellas poseen esos sentidos que nos faltan a nosotros.

—Pero no el de la anticipación, profesor.

—Eso no es un sentido. Perdón. Tengo que irme —repuso Lom preocupado.

Alguien comentó:

—A pesar de su brillantez, Lom hace ya algún tiempo que parece preocupado por algo.

Y otro adujo:

—Sí. Cada vez que le hablan de la anticipación frunce el ceño.

—Debe estar estudiando algo. Cualquiera día nos dará la sorpresa.

—De lo que no cabe duda es de su inteligencia.

—Dicen que su hijo será otra eminencia...

—De tal palo...

\* \* \*

Su hijo.

Guli.

Bajó de la azotea donde había estado instalando un palo metálico, sujeto a una abrazadera. Nadie le preguntó para qué servía. Era uno de sus experimentos.

—¿Estás haciendo algo importante, hijo?

—Espero que lo sea. Sólo son pruebas.

—Estar casada con un científico y tener un hijo que siga sus pasos no es tan fácil como muchos creen —murmuró la mujer con

aspecto resignado.

—Disculpa, mamá. ¿Ha regresado ya papá?

—Aún no.

—Bien... Que alguien vaya a buscar a Gin.

Gin era su hermana, un par de años más joven.

—¿Gin? Está con el grupo del Club de Estudios. Han ido a visitar las grutas del antiguo volcán.

—Sí, mamá, lo sé. Y deben regresar en el rápido de las seis. Apresuraos, falta una hora.

Guli iba a desaparecer en su cuarto-estudio pero su madre le interrumpió:

—Pero, ¡qué tontería! ¿Por qué hemos de ir a buscarla?

—Porque puede ocurrir un accidente. —Se tornó pensativo. Pareció concentrarse en una idea fija y añadió con vehemencia—: ¡Por favor, mamá! Ve tú. Tienes que ir tú. ¡Y date prisa!

—Guli. A veces consigues preocuparme. ¿Es que sabes que tiene que ocurrir algo?

—Sí... ¡Espera! —Miró hacia la puerta y concluyó—: ¡Iría yo mismo, pero no puedo. No puedo... Es decir... «No podré ir».

—¡Guli! Sé sincero conmigo... ¿Es una premonición? Tu padre no cree en esto, pero conmigo puedes ser sincero. Yo...

—Disculpa, mamá. Tengo unas pruebas en ebullición. Si no me ocupo de ellas va a volar la casa.

Se metió en su cuarto-estudio. La mujer —su madre— quedó profundamente preocupada.

Alguien hizo funcionar el control individual y se abrió la puerta. Era el profesor Lom.

—¡Hola, Giulia! ¿Todo bien? ¿Has oído mi conferencia?

—Sí, querido...

Ella seguía mirando la puerta cerrada del estudio de su hijo.

—¿Qué te pasa? ¿No has oído mi conferencia?

—La he visto a través de la pantalla. No toda. Me sabía de memoria tu tesis, pero...

—¿Por qué miras hacia allí? ¿Le ocurre algo a nuestro hijo?

Una pequeña explosión cortó la conversación. El ruido procedía del cuarto-estudio de Guli.

—¡No! —exclamó la mujer.

Corrió hacia la puerta seguida de su marido. Antes de llegar

apareció Guli con las manos en el rostro.

—No es nada, no es nada. Un fallo de precisión, pero creo que voy a perder el sentido...

Y Guli se desplomó a los pies de sus padres.

—¡Cielos! —exclamó la madre.

Su padre se arrodilló para examinarlo.

—No es nada. Está narcotizado por los vapores de la composición. Ya sé lo que es. Le dije que no lo intentara. Dentro de una hora estará bien.

—¿Una hora?

La madre recordó. Su hijo le había dicho que fuera a buscar a Gin.

—Sí. No tiene importancia. A mí me ocurrían también esas cosas. A los jóvenes les gusta tener su propia experiencia, pero... ¿dónde vas?

La mujer corría hacia el ropero de la entrada.

—¡A buscar a Gin!

—¡Pero...!

—No me preguntes, Lom. Tengo un presentimiento.

—Pero, Giulia, espera. Nuestra hija ha ido a...

—Lo sé, Lom. Pero tengo que ir...

## CAPÍTULO II

La noticia pudo ser oída por toda la población. El «rápido» —ferrocarril magnético deslizante— a consecuencia de una avería técnica había salido de línea yendo a chocar contra unas rocas cercanas a la ruta. La noticia proseguía:

—Mientras se estudian las causas técnicas que han motivado la catástrofe, el servicio de emergencias ha rescatado ya los cuerpos de las víctimas, entre las cuales se hallaba casi la totalidad de las alumnas de un Club de Estudios Superiores que...

El profesor cerró la transmisión y se volvió hacia su esposa y su hija Gin que estaba realmente consternada.

Fue Gin precisamente la que rompió el silencio...—Yo tenía que ir en ese «rápido». Si mamá no hubiese venido a buscarme con el bólido...

El profesor miraba silenciosamente a su esposa. La interrogaba sin preguntas.

La mujer confesó.

—Sí, Lom. Fue Guli. El me advirtió. No quería creerle pero luego dijo que él «No podría ir». Cuando ha tenido el accidente comprendí el porqué «No podría ir» y entonces le creí...

—Eso no puede ser. Esas cosas son... casualidades. Nadie puede adivinar el futuro. Esto se ha probado. ¡Está probado! Una casualidad puede admitirse, pero no otra cosa...

—¿Y el accidente del Globus? —inquirió la mujer—. El lo previno y tú te negaste. Dijiste que se reirían de ti, pero fue cierto. Estalló. Nuestro hijo lo sabía.

—Mamá tiene razón —intervino la muchacha.

—¡Basta! La teoría del pasado, el presente y el futuro era creencia de los débiles de otros siglos que creían en brujerías. Hoy vivimos de realidades. El pasado ya ha pasado. El presente es hoy, y

el futuro una incógnita, que sólo las máquinas pueden resolver, pero jamás adivinar. Incluso los Seres vivientes, ¿me escucháis? Podemos intuir, planificar basándonos en un cálculo que raras veces falla, pero jamás predecir el día que tendrá lugar un accidente.

No hubo respuesta. Las premoniciones de Guli parecían desmentir al profesor y él sabía que tanto su mujer como su hija estaban pensando en lo mismo.

—Está bien. Hablaré con Guli —dijo el hombre y desapareció de la estancia para encerrarse en el cuarto-estudio donde su hijo descansaba sobre la cama.

Se encontraba ya completamente restablecido después de que la explosión le hubiera adormecido. Leía unos apuntes. Así lo encontró su padre.

—¿Estás bien, supongo?

—¡Oh sí! Ya sabes lo que ocurre con esas cosas, papá.

—Te previne que esa mezcla era peligrosa si entraba en ebullición.

—Algo falla, pero encontraré el método de que dé resultado.

—¿Y si eso ocurre, en qué crees que será aplicable tu fórmula?

—Un estimulante cerebral. Podremos saber cosas. Muchas más...

—¿Qué cosas?

—El pasado. No el pasado inmediato, sino lo que ocurrió hace millones de períodos.

—Hace millones de períodos no existíamos.

—El espíritu nunca muere, padre.

—De acuerdo, pero...

—No hay peros, padre. No tenemos principio ni tenemos fin. Siempre hemos existido. La teoría del principio y el final de las cosas para mí no vale

—Sabes que no estoy de acuerdo con tus pensamientos en este sentido.

—Sí. Y lo lamento, pero tu visión es más limitada que la mía.

—No he venido a discutir contigo sobre nuestros puntos de vista, Guli.

—¿A qué has venido entonces?

—¿No lo sabes?

—¿Y por qué he de saberlo?

—Puesto que adivinas el porvenir —había un marcado sarcasmo

en las palabras del profesor hacia su hijo. Guli sin embargo sonrió.

—¡Ah! Vaya... —comprendió.

—Adivinas una catástrofe una vez y ahora intuyes que va a ocurrir algo a tu hermana —siguió el profesor.

—No. A la chica no iba ocurrirle nada porque sabía que mamá iría a buscarla.

—Estás jugando con fuego. Influyes en tu madre y Gin empieza a pensar que tienes razón.

—Hoy la he tenido...

—¡No! —estalló su padre.

—¡Como quieras! —Guli se encogió de hombros y volvió a la lectura de sus apuntes sin moverse de la cama.

—Por favor, hijo. Quiero ser razonable.

—Yo no te pido nada, papá. Únicamente pienso que a veces estás equivocado. Has inventado grandes cosas y estás haciendo mucho por nuestra civilización, pero tus horizontes son limitados. Muy limitados. Trata de comprenderlo.

—Todo lo que tú has aprendido está escrito o grabado por los que aprendieron antes que tú.

—Sí, papá, pero en las teorías de los maestros, aun a pesar de ellos mismos hay cosas que se pueden entrever. El espíritu. No muere. Luego si es inmortal tampoco tiene principio. Sólo muere lo que empieza a vivir, nuestro cuerpo, nuestra forma aparente, pero nadie es capaz de crear algo inmortal, eso «no ha podido nacer».

—Hablaremos otro día de ello, pero yo me refiero...

—Te refieres —interrumpió el joven— a mis premoniciones. Tú las llamas así, yo no.

—¿Cómo lo llamas tú? ¿De qué provienen?

—No hay nombre, y no me preguntes cómo sé las cosas. Pero las sé.

—Si las sabes. ¿Por qué no impediste que las otras compañeras de tu hermana tomaran el «rápido»?

—Porque yo no sabía exactamente lo que iba a ocurrir. Sabía únicamente que Guli estaba en peligro y que pasaría algo si mamá no fuera a buscarla.

El profesor sacudió la cabeza de un lado a otro. Su hijo se encogió de hombros...

—Además... ¿Hubiese servido de algo? Te advertí del Globus y

te negaste a dar el aviso.

—Tú tampoco estabas seguro.

—Yo... Bueno... tal vez no. Era la vez que lo había visto más claro, pero... también me costaba comprenderlo.

El profesor guardó silencio antes de preguntar con una capacidad más comprensiva.

—¿Tuviste... otros avisos?

—Pequeñas cosas. Normales. Todo el mundo las tiene pero no les conceden importancia.

—No —murmuró su padre como si hablara consigo mismo— esto no tendría sentido. Está probado. Nuestra mente es...

Se interrumpió a sí mismo. Su hijo le estaba observando con una cierta indiferencia. No se burlaba, respetaba a su padre, pero comprendía que su mentalidad era diferente;

El profesor por un instante admitió una posible explicación por parte de su hijo.

—¿Tiene algo que ver esto con ese amigo tuyo?

—¿Te refieres a Parley?

—Sí.

—Tal vez.

—¿Tiene el presentimientos?

—Nunca se lo he preguntado.

—Pero cree en esas teorías tuyas de que los tiempos de un verbo son sólo paparruchas.

—Según en que mentalidad se mire, papá.

—O sea que para el espíritu no existe pasado, presente ni futuro.

—Eso es cierto.

—Eso es una tontería.

—Para la mentalidad general sí

El profesor, volvió los ojos hacia las retortas del laboratorio y los, aparatos en ebullición. Luego se incorporó.

—Bueno... Parece que es inútil insistir Lo que te pido es que no sigas manipulando esa fórmula.

—Es importante que lo haga, papa.

—¿Para qué?

—Para liberar a mi espíritu —sonrió el joven y añadió—: Si un día eres capaz de escucharme, intentaré explicártelo, papá Ahora debo seguir estudiando esto Es importante.

## CAPÍTULO III

Guli dormía profundamente cuando su padre se aproximó sigiloso al cuarto-estudio del muchacho.

Su esposa y su hija dormían también. El silencio era total en la casa y en la ciudad. Transcurrían las horas sagradas e inviolables del descanso.

El profesor Lom empujó la puerta del cuarto-estudio de su hijo y avanzó entre los mostradores con los líquidos en ebullición, entre las probetas con las mezclas debidamente estudiadas y los aparatos con ingredientes en reposo.

Conectó la pantalla memorizadora con fórmulas y apuntes dictados por su hijo.

Repasó mentalmente algunas de las anotaciones que aparecieron a través de los rayos y, en alguna ocasión se vio forzado a lanzar una exclamación en voz baja.

—¡Cielos! ¿Cómo se le ha podido ocurrir hacer eso?

Se fijó en otra de las fórmulas que transmitió la pantalla y en esa ocasión su consternación pareció llegar al límite:

—¡Esto es increíble! Esa fórmula puesta a la práctica sería una droga capaz de enloquecer. ¿Cómo puede haber planeado una cosa así?

Desde el principio había sentido una gran satisfacción personal de que su hijo se sintiera inclinado por la ciencia, pero ahora, con el paso del tiempo y con la relativa corta edad de Guli, se negaba a admitir tan despierta imaginación y sobre todo una absoluta disparidad de criterios.

Guli no había sido el hijo que seguía los pasos del padre. Su hijo amaba la ciencia pero tenía otro concepto de ella. No iba por caminos trillados, no perfeccionaba. Inventaba. O trataba de hacerlo.

Aquellas fórmulas, aquellas peligrosas pruebas lo estaban probando. La ciencia de Guli era la mente humana, como si tratara de encontrar nuevos cauces, nuevas fórmulas, basadas especialmente en el recuerdo.

En el recuerdo y en la premonición.

—¡Cuidado, padre! —La voz de su hijo surgió de algún rincón. El profesor ni siquiera se había percatado de su presencia.

Se volvió.

—¡Fuera, padre!

Vio como el joven se le echaba materialmente encima y le arrastraba fuera de la habitación.

—¡Te has vuelto loco!

La única visión que tuvo el profesor fue la de los pájaros, los cobayas y algunos pequeños simios que su hijo tenía en el laboratorio debidamente enjaulados.

Quiso resistirse a lo que parecía un ataque, pero fue inútil. Guli lo sacó fuera y cerró la puerta pulsando el botón de seguridad que aislaba la habitación por completo.

Antes de que el profesor pudiera reaccionar en el interior sonó una leve explosión. Algo en apariencia totalmente baladí.

Guli, jadeante, pulsó un botón de una pantalla, que a modo de ventana permitía ver el interior de su cuarto-estudio.

Padre e hijo contemplaron en silencio la escena.

La habitación —el cuarto-estudio— débilmente iluminado pareció tomar una tonalidad distinta como si otra luz invisible la hubiese dotado de una incandescencia de difícil descripción.

Seguidamente un humo azulado lo invadió todo;

—¿Qué es eso? —inquirió el profesor.

El humo cesó rápidamente y en apariencia todo quedó igual que antes.

—Gas —murmuró su hijo.

—¿Qué estabas probando?

—Es la misma mezcla. En algún lugar poseen esa clase de gases. Esto podría encajar en tus teorías sobre los seres invisibles. Pero falla la cuestión atmosférica.

Lo que has visto es mortal para cualquiera de nosotros.

—Yo nunca he hablado de seres invisibles, Guli.

—Bueno, ya me entiendes. Tú dices que son invisibles a nuestros

ojos y yo lo admito, pero algunos de esos «seres amigos tuyos» respiran una atmósfera que ya, ya...—Guli parecía divertido.

—Esto no me hace gracia ¿Qué hay ahí dentro?

—No se té ocurra entrar, papá. Durante un cuarto de hora el aire es mortal. Media bocanada basta. Es la antimateria del aire... ¿Comprendes?

—¡No!

—Sí, lo comprendes. Lo he descubierto yo. Son gases comunes a otros planetas. Hueles y te vas. Mueres. Sólo el espíritu queda libre, pero dudo que el espíritu se pueda investigar. La verdad no me gustaría probarlo.

—Te lo estás tomando a guasa. ¿Pretendes burlarte?

—¿De ti? ¡No papá! Pero si te hablo en serio no me comprendes.

El profesor lanzó un bufido. No es que no entendiera a su hijo. Simplemente, a veces le asustaba, pero Guli hablaba en serio y su padre aun en contra su voluntad lo admitía.

Y tuvo que admitirlo una vez más.

Entraron al cuarto-estudio de Guli cuando éste dijo que ya no había peligro.

En apariencia todo seguía exactamente igual. El aire viciado se había propagado, pero el contador indicaba un punto extraño.

—Contaminación al máximo —murmuró el profesor.

Su hijo estaba observando la jaula de los simios. Su padre se volvió hacia él y miró también.

—Muertos —murmuró.

Sí. Los simios estaban muertos y también los pájaros, y los cobayas.

—El gas —murmuró Guli.

Un ruido llamó la atención del profesor y miró hacia un recipiente con agua.

—Croa, croa... —el ruido persistió.

Era una rana. Vivía.

—No es posible —dijo el profesor Lom.

Su hijo se aproximó a la rana que estaba al borde del recipiente. Al acercarse los dos hombres el animal se zambulló al fondo.

—¡Vive! —exclamó el padre de Guli.

—Lo esperaba —murmuró el joven.

—Es un animal de nuestro planeta; Respira lo mismo, que

nosotros. Está acostumbrado a nuestro ambiente —siguió el profesor..

—Este no, papá.

—¿No?

—Este animal es distinto. Parece una rana, tiene forma de rana... Pero no es como las otras ranas. —Y sonrió enigmáticamente.

Y todo seguía igual. Un aire de muerte había pasado en unos minutos. Los cadáveres de las jaulas lo probaban, pero la rana no. ¡Seguía viva!

## CAPÍTULO IV

El accidente del «rápido» se debió a causas absolutamente técnico-normales. Entraba dentro de las posibilidades. No se trataba de ningún hecho voluntario.

La información fue rápida y bien difundida a través de las pantallas de toda la ciudad.

Un hecho lamentable, un suceso luctuoso imprevisible, como lo fue algún tiempo atrás el fatal accidente del crucero Globus dedicado a la investigación oceanográfica, que como el del «rápido» también había sido promonicionado por el joven Guli.

Por eso el profesor Lom se hallaba pensativo. Acababa de salir del cuarto-estudio de su hijo que se hallaba ausente de la casa y lo comentó con su mujer que inquirió anhelante:

—¿Qué...?

—Nada. Todo normal. En cualquier caso lo que podría ser menos normal son los conocimientos de Guli. A su edad está probando teorías realmente revolucionarias. Es realmente inteligente.

—Empiezas a hacerle caso al menos —murmuró su esposa.

—Siempre le he hecho caso. Me siento orgulloso de él. Y le propuse para trabajar en equipo en el Gabinete Público Oficial. A su edad pocos podrían conseguir una plaza de esa envergadura.

—No me lo habías dicho.

—Es que... nuestro hijo no aceptó.

—¿No aceptó trabajar, en el gabinete?

—Lo que oyes.

—¿Y qué razones te dio para negarse a ocupar una plaza tan importante?

—¡Asómbrate! Dijo que sólo trabajábamos de rutinas. Que dábamos vueltas a un círculo vicioso. En una palabra: que no veíamos más allá de nuestras propias narices.

—¡Cielos!

—¡Sí! ¡Cielos! Y el caso es que no va desencaminado. Yo admito que es hora de llevar las investigaciones por otros derroteros. Lo que no podré admitir nunca son las premoniciones. El pretende probarlo con nuevas drogas para liberalizar lo que él llama «la puerta cerrada» de nuestro espíritu.

Giulia parpadeó, no comprendía nada.

—Sí, querida. Partiendo de la base de que poseemos un espíritu inmortal que «ha existido siempre» y «qué nunca morirá», hay quien piensa que pasado, presente y futuro son una misma cosa, por lo cual lo que ha de ocurrir mañana es perfectamente tangible por cualquier espíritu que tenga «la puerta abierta». En palabras más claras y para que lo comprendas, nuestro hijo quiere estimular lo que llamamos subconsciente para que podamos recordar con absoluta nitidez todo lo que ha ocurrido y lo que ocurrirá.

Tras un silencio Giulia murmuró:

—Quizá lo haya conseguido ya.

—No. Lo que él presintió fue pura casualidad.

—Te salvó la vida con lo de los gases de anoche. ¿Recuerdas?

—Eso tiene una explicación. La ebullición había llegado al punto máximo y en tal caso es fácil prevenir lo que puede pasar.

—Pero él no estaba en el laboratorio, sino en su habitación. Tenía la pantalla abierta. Escuchaba el programa espacial y de repente se levantó de un salto. Le oí gritar: «¡Papá está ahí!»

El profesor Lom lanzó un bufido.

—Tendré que hablar nuevamente con él. ¿Dónde está ahora?

—Dijo que tenía que ir a hacer algo con ese amigo suyo. Mayran.

—¡Mayran! —exclamó Lom.

—Sí. Es un poco raro, pero Guli está entusiasmado con él.

Una vez más el profesor recordó que el tal Mayran apareció de pronto sin que nadie supiese de dónde había venido. Y cuando preguntó a su hijo quién era y dónde vivía, la contestación de Guli había sido bastante ambigua.

—No procede de ninguna parte en particular. En cuanto a su domicilio vive cerca de la playa. Solo. No tiene familia aquí. Bueno, la tiene pero está lejos. Es una larga historia, pero no temáis, es un buen chico y sabe muchas cosas. Nuestras teorías concuerdan

bastante. Su amistad me conviene, lo sé.

Ni su padre ni su madre se opusieron a esa amistad, y periódicamente el joven Guli se entrevistaba con Mayran.

Y ahora, tal como había dicho su madre, Guli estaba con él.

En la playa...

Unos ojos brillantes de penetrante poder estaban fijos en el rostro de Guli que parpadeó un par de veces antes de murmurar.

—¡Asombroso! Lo he conseguido.

—¿Ves algo? —dijo el de los ojos negros y centelleantes.

—Sí, Mayran. Lo veo todo, y es fantástico.

Mayran era alto, algo más alto que Guli. Tenía una estructura física común a la de los demás mortales, no había nada extraño en su persona a excepción de la carencia total de emociones que su rostro parecía capaz de expresar. Frío, impenetrable, impávido siempre y de una palidez cerúlea, Mayran semejaba a veces un autómatas, como en esa ocasión que sus ojos, sin pestañear seguían clavados en Guli.

Pero lo que Guli estaba viendo no estaba allí, precisamente, en la desierta playa, sino lejos de allí.

Guli estaba realizando un extraño viaje. Volaba. Y a vista de pájaro podía dominar la ciudad, con la circulación deslizante, los bólidos automáticos que marchaban veloces por las calzadas a distinto nivel. Los elevadores que transportaban a los vehículos a las rampas superiores que se lanzaban a velocidades increíbles hacia las zonas alejadas del centro oficial.

Podía observar también a las personas que iban de un lado a otro en los centros de trabajo. Podía verlas perfectamente a través de las enormes ventanas de material transparente.

Podía ver el balizamiento de los «rápidos» vehículos articulados impulsados magnéticamente sobre pistas metálicas.

Podía admirar toda la exuberante belleza del parque central, con sus plantas exóticas, con su inmenso lago, con sus fuentes, manantiales permanentes de vida.

En ese vuelo auténticamente real tuvo ocasión de calcular el momento exacto en que iba a producirse un accidente inevitable.

—¡Cielos! Es en el punto 104 —exclamó.

Un bólido se había detenido en el primer canal de una de las pistas. Indudablemente se trataba de un fallo en la carga magnética

de la batería, y el conductor se había visto obligado a detenerse. Pero en el mismo canal y lanzado a gran velocidad se aproximaba otro vehículo.

El que estaba detenido se hallaba a la salida de una curva, justo en el cambio de sentido, por lo que el que se aproximaba, no podía verlo.

Claro que existía un dispositivo de radar que indicaba la obstrucción en el canal, pero el ocupante del vehículo estaba distraído hablando con su compañero de viaje.

—¡Mira, idiota, mira! ¡Te vas a matar! ¡Mira de una vez la señal de peligro!—gritó Guli..

Pero el otro no miró. Estaba ya en la curva. Tenía todavía unos segundos para frenar o cambiar de canal, pero seguía hablando.

—¡Imprudente! ¡Vas a morir! —gritó Guli.

Era inútil. El otro ni podía oírle, ni prestaba la menor atención al radar.

La colisión fue inevitable... Un encontronazo tremendo. El vehículo que se hallaba detenido salió disparado y su conductor saltó por los aires.

El hombre cayó reventado, y los dos bólidos completamente, destrozados.

Los ocupantes del causante de la colisión, horriblemente mutilados, quedaron en medio de la calzada.

Luego se disparó automáticamente la sirena previsoras que anunciaba el accidente.

Rápidamente Guli observó los vehículos de socorro que se dirigían rápidamente al lugar. Lo único que podrían hacer sería retirar los cadáveres y dejar libre la pista.

Volvió la mirada hacia otro lado.

—De nada sirve saber que las cosas van a suceder si no se pueden evitar —comentó.

Le pareció escuchar la voz de Mayran que decía:

—Cuando veas las cosas más claras comprenderás que es inútil tratar de ayudar a nadie. Las cosas deben ocurrir tal como están previstas. Todo tiene su momento. Su día y su hora, su punto exacto, de realización. ES así.

—«Es así» —repitió Guli mentalmente y volvió los ojos hacia otra parte de la inmensa ciudad.

Allí en la zona residencial, pudo ver las últimas cúpulas oficiales y luego la zona residencial. Por allí estaba su casa.

Fijó los ojos en la azotea y observó las antenas metálicas que había colocado el día anterior.

De pronto los ojos de Guli se dilataron. Creyó percibir un sonido en la distancia. Una bujía colocada en lo alto de la varilla metálica estaba oscilando.

—¡Emiten señales, Mayran! —exclamó—. Tengo que irme a casa. El dispositivo ha dado resultado. ¿Quieres venir?

Estaba ya en la playa, de donde nunca se había movido en realidad. Frente a él Mayran negaba con la cabeza.

—No, Guli. Ve tú. Ya me dirás lo que has conseguido.

—Pero tú lo sabes ya, Mayran.

Su amigo guardó silencios,.

—Tú sabes lo que voy a conseguir. Sabes si voy o no por mal camino. Dime algo.

Mayran siempre inexpresivo murmuró:

—Tú haz lo que tengas que hacer. Ya nos, veremos.

## CAPÍTULO V

Guli sentía un interés muy especial por aquella conexión que había preparado.

Entró como una exhalación para encerrarse en su cuarto-estudio, saludando al paso, cuando su madre le decía:

—Guli, tu padre te ha estado esperando...

—Luego, mamá —repuso y se metió allí dentro para sentarse junto a un emisor-receptor que al ser puesto en funcionamiento emitió una señal débil.

—Oigo —dijo.

Manipuló y rectificó la luminosidad de una pequeña pantalla, de las usuales para recibir los datos en cualquier computadora.

Siguió el apenas perceptible pitido y Guli intentó obtener una mejor audición.

—¡Oigo la señal, la oigo! —exclamó—. Pero esto no funciona como yo esperaba. Aumenten el volumen, por favor. Si pueden oírme, aumenten el volumen.

Durante unos breves segundos el pitido continuó con la misma intensidad, luego varió. No aumentó el volumen pero en vez de un simple silbido cambió a tonalidad, y la señal surgió en distintos compases, como una extraña música.

Inmediatamente en la pequeña pantalla surgieron fugaces signos. Cada uno de ellos parecía acorde con el tono de las señales que recogía el emisor.

Guli manipuló el botón de retención de datos, para que el pequeño y elemental cerebro grabara aquellos signos para traducirlos posteriormente.

La emisión duró apenas un minuto, luego volvió el silencio. El aparato enmudeció y la pantalla dejó de registrar signos.

Guli cerró la conexión y dispuso la reproducción de lo

escuchado.

Los signos aparecieron nuevamente en la pantalla y un murmullo de notas disonantes pasaron a través del altavoz.

—Veamos si es posible traducirlas —dijo manipulando en otro botón.

El pequeño cerebro se llenó de pequeños ruidos y a continuación Guli pudo ver a través de la pantalla la traducción de lo que acababa de escuchar.

Sus ojos se agrandaron a medida que iba leyendo. Quedó prácticamente con la boca abierta.

Reaccionó en seguida y salió como una exhalación de la estancia portando una nota en la mano.

—¿Dónde está papá? —gritó y de poco se dio de bruces con el profesor que se dirigía precisamente al cuarto-estudio del muchacho...

Los dos se encerraron allí, y mientras, el profesor preguntaba:

—¿Tienes unos momentos para que podamos hablar tú y yo, hijo?

Su hijo, Guli, le ponía ante sus narices aquella especie de mensaje que acababa de recibir.

—Echa una ojeada a esto.

—¿De qué se trata?

—De un mensaje que he captado.

El profesor tomó la nota, y leyó. Luego dejó el papel sobre la mesa y preguntó:

—¿De dónde procede?

—No lo sé. Acaban de transmitirlo.

—¿Por dónde?

—Por mis aparatos. Puse una antena ayer por consejo de Mayran y marqué una señal.

—La han captado.

—¿Quiénes la han captado? —inquirió el profesor mirando fijamente a su hijo.

—¡No lo sé, papá! Pero viene de algún lugar del espacio. De un habitáculo lejano.

—Seguro que se trata de una broma.;

—¿Una broma? Ven. Te enseñaré algo —y Guli indicó a su padre que se aproximara al aparato. Lo puso en conexión y la pantalla

repitió los signos cabalísticos, mientras el emisor repetía los pitidos a distinto tono.

Terminada la reproducción Guli se volvió hacia su padre.

—¿Sigues creyendo que es una broma?

—No lo sé...

—Eres un científico de la vieja escuela. No admites ninguna nueva posibilidad.

—Lo admito todo, hijo, pero olvidas que en el centro disponemos de aparatos mucho mejores y jamás hemos captado señal alguna. Y tú con medios rudimentarios pretendes haberlo logrado.

—Tú mismo lo has oído.

—Pero no se puede saber de dónde procede exactamente, hijo. ¿Por qué no les preguntas?

—Es exactamente lo que pensaba hacer. La pregunta ya está programada, esperó que me contesten. ¿Lo creerás entonces?

El profesor no contestó.

—Bien, si fuera cierto... Este mensaje es toda una llamada de socorro. ¿No crees?

El profesor tomó nuevamente la nota en sus manos y volvió a leer el contenido:

«PERECEMOS» «NECESITAMOS AYUDA» «ES URGENTE»

Dejó de nuevo el papel. En aquellos instantes no pensó en interrogar a su hijo acerca de las premoniciones. Algo le decía que aquella nota llegada a su pantalla de quién sabe dónde tenía muchos visos de verosimilitud.

Se limitó a preguntar:

—¿Partió de ti la idea de intentar contacto con otros planetas?

—Por supuesto.

—¿Y la idea de la antena?

—Fue de Mayran.

—Ya no se usan antenas. Los nuevos sistemas son más seguros.

—Con las antenas antiguas quizá, pero ésta es distinta, papá.

—¿De qué material es?

—Es una mezcla. Una aleación al vacío.

—¿Cómo la obtuviste?

—Me la dio Mayran —repuso, el joven.

—Ya. Bien. Si consigues otra conexión, avísame. Me gustaría

escucharla personalmente.

—Si estás en casa te avisaré, papá.

—Gracias, hijo.

El profesor salió de la estancia más preocupado de lo que había entrado en ella.

Empezaba a presentir algo sin saber exactamente qué. Se sentía inquieto como si supiera que «Iba a ocurrir alguna cosa de alcance imprevisible».

—¿Ocurre algo? —le preguntó su mujer.

—Espero que nada —replicó.

## CAPÍTULO VI

Amanecía cuando la rana del recipiente croó un par de veces antes de zambullirse con la presencia de Guli que la miró un momento y se dirigió hacia el emisor-transmisor que estaba abierto.

La señal comenzó a emitir.

—Parece que lo presentías «Sílfide» —sonrió el joven mirando hacia la rana notando algo extraño que en aquel momento no logró descifrar porque le preocupaba más captar la emisión.

Se sentó y volvió a llegar hasta él la señal parecida al día anterior.

La pantalla se iluminó con signos cabalísticos y al cabo de unos segundos todo terminó.

Aquella segunda conexión había tenido una duración aproximada a la primera. Un minuto en total.

Guli pasó el reproductor y al cabo de unos instantes tuvo traducido a la lengua normal el mensaje transmitido:

«PLANETOIDE SKOPER 274-247 EF-22» «PERECEMOS»

Guli consultó algunos de los mapas del Cosmos y al fin logró localizar las coordenadas, de acuerdo con los signos internacionales.

—274-247 —murmuró—. ESFERA 22. Aquí es.

En efecto, un punto perdido en la inmensidad del plano cosmográfico indicaba la existencia de un planeta sin nombre.

—Skofer —murmuró para sí.

Momentos después hablaba con su padre.

—No me dio tiempo a avisarte. Esta vez fue muy rápido —dijo Guli mostrándole los datos.

El profesor Lom observó el plano y murmuró:

—Skofer. Este nombre es nuevo para mí.

—Quizá esté registrado de otra forma. Intenta averiguarlo.

—Desde luego que lo haré. Lo que me pregunto es cómo sería

posible mandar ayuda a esa gente. Eso está muy lejos. Ninguna de nuestras naves tradicionales está preparada para un viaje a tanta distancia. Tardaríamos años en llegar suponiendo que pudiera construirse.

—Valdría la pena intentarlo. ¿No crees? Sería un paso definitivo. Si nosotros somos los únicos que podemos ayudar a esos seres... Claro que tú no crees en la existencia de ellos.

—Yo nunca he dicho que no existiesen seres vivos. Lo que sostengo siempre es que son entes distintos, con otras formas, que incluso pueden estar entre nosotros. Son medios de vida desconocidos... —Y terminó diciendo—: No me extrañaría que en este planeta no encontrásemos nada. Absolutamente nada.

—Sin embargo —replicó Guli— es evidente que existe alguien que nos pide ayuda.

—Admitiendo que todo esto sea cierto...

—¿Por qué eres tan desconfiado?

—Porque hay que probar la autenticidad de esos mensajes.

—Bien, dalo por probado. Dices que en Skofer no encontraríamos nada.

—No. Porque quizá nuestros ojos no lo verían, por tanto es difícil saber qué clase de ayuda podríamos prestar.

—«Ellos» nos lo dirán —repuso el joven.

—Bien. Dame la nota. Me llevaré tu mapa para consultarlo con el plano central.

El hombre iba a salir pero se volvió para preguntar:

—¿Qué opina de esto tu amigo Mayran?

—¡Oh! No le he hablado todavía.

—Pero si te dio la antena es que debía imaginar que la conexión era posible.

—Sí, papá. Y en eso coincidís los dos.

—¿En qué?

—En las diferentes formas de vida. Distintas a la nuestra. Asegura que no existen seres a nuestra imagen y semejanza, pero que pueden tomar nuestra apariencia en caso necesario.

—¿Y cómo lo hacen..., según tu amigo? —No era absolutamente irónica la pregunta del profesor. Aunque ni creía ni dejaba de creer, le interesaba mucho saber cosas de ese enigmático Mayran.

—Por sugestión.

—¿Hipnosis? —inquirió el profesor.

—Algo así.

—O sea que «ellos» no cambian, pero somos nosotros los que les vemos a nuestra imagen y semejanza.

—Así es. Veo que lo comprendes; papá.

Tras un silencio el profesor preguntó:

—Por casualidad ese amigo tuyo... ¿Tiene también premoniciones? ¿Adivina lo que va a ocurrir?

—Te asombrarías, papá.

—¿De qué?

—Mayran lo sabe todo.

—¿Puede demostrarlo?

—Podría si quisiera.

—Pero no quiere.

—No. Es difícil arrancarle nada.

—¿No será un truco para hacerse interesante? Cualquier persona que pudiera decir en todo momento lo que iba a ocurrir en las siguientes horas lo explotaría. ¿No crees? Un fenómeno así no es corriente.

—Tú lo has dicho, papá. Este fenómeno no es corriente para nosotros...

—¿Qué tratas de decir?

—Que quien lo posee tampoco es una persona corriente y al no serlo no tiene por qué prodigarse puesto que actúa con otra mentalidad distinta de la nuestra.

—¿Intentas decirme que Mayran no pertenece a, nuestra raza?

—No lo sé.

—¿Se lo has preguntado, Guli?

—No.

—¿Por qué? ¿No te interesa?

—Sí, pero... Hay cosas que a veces es mejor ignorarlas. ¿No crees? Me entiendo muy bien con él. Y le comprendo. Sé que le disgustan algunas preguntas y prefiero evitarlas.

—En realidad sabes muy poco de él —remarcó el profesor.

—Sé que congeniamos; y sé que lleva razón en muchas cosas.

—¿Por ejemplo?

—En lo que tiene que suceder. Mayran piensa que no vale la pena prevenir a nadie, porque lo que tiene que ocurrir ocurrirá

aunque tratemos de evitarlo.

El profesor se decidió a entrar en materia puesto que la ocasión era pintiparada para ello.

—Sin embargo; admitiendo que hubieras «visto» con anticipación el accidente del «rápido», conseguiste que tu hermana no pereciera.

El joven negó con la cabeza.

—No, papá.

—Si fue una premonición lograste evitar que Gin tomara el «rápido» y con ello le salvaste la vida. ¿Esto no es contrario a las creencias de Mayran? Aquí se demostró —admitámoslo— que pudiste cambiar el curso de los acontecimientos.

—No lo has entendido, papá. Yo no cambié nada. Previne el accidente, y el accidente ocurrió, pero yo no «vi» que a Gin le ocurriese algo. A ella no estaba previsto que le ocurriera nada. No estaba previsto porque «alguien» la impediría tomar el «rápido» en el último momento. Y en este caso ese «alguien» fue mamá. —¿Y si no hubiese ido?

—Tenía que ir.

—Admitamos que no hubiera estado en casa. Tú no podías ir porque tuviste un accidente. ¿Qué hubiese sucedido?

—Seguramente habría habido otra persona. Desengáñate, no había llegado el momento para Gin.

—Pero tú te asustaste y mandaste a tu madre.

—Es lógico. ¿No hubieses hecho tú lo mismo?

El profesor lanzó un suspiro. No compartía las ideas de su hijo en aquél respecto, sin embargo le inquietaba su absoluta seguridad, su firmeza, su total convicción de que lo que decía era dogma indiscutible.

—Hablaremos en otro momento, hijo. En cuanto a esto—indicó los papeles del mensaje que llevaba consigo— ya te diré algo.

—Sí, papá. Espero que en sucesivas emisiones consigamos saber más cosas de «esa gente».

—Esperémoslo —murmuró el profesor y salió del gabinete donde había tenido lugar la charla.

Guli, como recordando algo, volvió a su cuarto-estudio para dirigirse directamente al recipiente, de la rana. Sabía que algo le había llamado la atención de aquel batracio y lo contempló unos

instantes.

Sí. Ya sabía lo que era. El animal había aumentado de tamaño. Poco, pero había engordado.

## CAPÍTULO VII

Paseaban por la playa en la zona cercana de la base de lanzamiento de artilugios volantes. Más allá se encontraban los terrenos pertenecientes a los vuelos espaciales tripulados. Era una extensa zona alejada del centro y Guli había llegado hasta allí con su bólido, con el que luego continuó viaje con Mayran.

Los dos habían descendido y caminaban cerca de las altas alambradas que impedían el paso a la zona. —¿Tú conoces Skofer? —preguntó Guli. —Sí. Es el nombre que se le da en la escala internacional de denominaciones. —¿Tiene otro nombre?

—Los oriundos lo llaman Gaslan, pero aquí nadie lo, conoce con ese nombre.

—¿Quién vive allí? Tú debes saberlo. —Seres —murmuró Mayran ambiguamente y siempre con la mirada inexpresiva. Hablaba mirando hacia delante, junto al lado de la red metálica de la base. —¿Puedes... describirlos?

—Para que tú lo entiendas. ¿Verdad? —preguntó.

—Claro.

—Pues no. No puedo.

—Sí puedes.

—¿Qué más da?

—Mayran. Procuro preguntarte pocas cosas. Sé que no te gusta que te interroguen, pero hazte cargo. Comprende mi curiosidad. Sé muy poco en comparación contigo. Es lógico que desee aumentar mis conocimientos.

—Sí. Lo comprendo.

—Entonces respóndeme. Lo que ha ocurrido es fantástico. Hasta mi padre lo comentó. Con un aparato rudimentario he conseguido una conexión a miles de años luz. Lo que en el Centro oficial no han logrado jamás.

—¿Y quién te ha dicho que tus aparatos sean rudimentarios?

—Bueno, supongo que los del Centro... —empezó Guli, pero su amigo le atajó.

—Los del centro trabajan con material inadecuado. Por eso no consiguen conectar. En Skofer necesitan ayuda y al captar una emisión en las ondas han lanzado su aviso y tú lo has captado.

—Y nadie va a creerlo. Hasta mi padre piensa que puede tratarse de una broma.

—Eso es fácil de arreglar. En Skofer sabrán lo que hacer para dar pruebas de su autenticidad.

—Luego está el problema de las naves. Son lentas para ir a un lugar tan lejano.

—Que aumenten el poder del combustible sustituyendo las pilas.

—¿Por qué?

—Una fórmula de cobalto.

Mayran pensó unos instantes y se sentó sobre la arena. Con el índice trazó unos signos.

Guli comprendió en seguida que se trataba de una fórmula que retuvo mentalmente.

Mayran se puso en pie y con la sandalia borró los signos y siguió caminando.

El silencio se prolongó un buen rato.

El agua lamía los pies de los dos jóvenes que ahora caminaban descalzos.

Una nave descendía en vertical para entrar en la base. Su silbido característico paró y entonces Guli rompió el silencio y mirando a su amigo:

—¿Podría yo volar hacia ese planeta?

—No.

Al decir «volar», Guli se refería a aquella especie de vuelo mental que le permitía ver a vista de pájaro lo que sucedía a sus plantas.

—Ayúdame, Mayran. Tú puedes hacerlo.

—No —replicó su amigo.

—¿Por qué razón no quieres ayudarme?.

—Per una muy sencilla. Tú no has estado nunca allí. No puedes ver «ahora» lo que no has visto nunca.

El joven trató de comprender.

No le preguntó si él había estado. Tenía otra cosa más importante que quería averiguar y presentía que su cupo de preguntas se estaba terminando. En el fondo sentía, además de admiración, un profundo respeto hacia Mayran. Veía en él algo que le imponía, que a veces parecía atarle, inmovilizarle.

Dejó pasar varios segundos y se detuvo.

—Mayran. Sólo dos preguntas. No contestes si no quieres. Pero necesito hacértelas.

Mayran se detuvo y fijó sus ojos en el joven, No había ningún intento de sugestionarle, pero aquella mirada fría impresionaba a cualquiera.

Guli lanzó:

—¿Alguna vez, en el lugar que fuere..., fuiste científico?

Lo dijo pensando en aquella fórmula que había escrito en la arena.

Y su pregunta iba más allá de las palabras que se encerraban entre dos interrogantes. Porque preguntar a un muchacho que aparentaba unos dieciocho años si alguna vez había sido científico podía resultar una chiquillada, pero no lo era. Porque «alguna vez» podía ser «alguna, vida». Alguna vida anterior.

La respuesta de Mayran fue concisa.

—Tuve un padre que lo fue;...

Sí. Aquellas palabras encerraban más de una respuesta.

Con más palabras, y así lo entendió Guli, Mayran hubiera dicho: «En la época tal, del siglo tal, en la Era de los Grandes Inventos, hace ya equis miles de años, viví en el cuerpo del hijo de un científico y por eso conozco esa fórmula que entonces revolucionó nuestro mundo.»

No lo había dicho así, pero Guli supo desde entonces que Mayran había logrado «abrir la puerta del subconsciente», liberar todos los recuerdos almacenados.

Supo que gracias a esa liberación, para Mayran no existían secretos del pasado y el porvenir tampoco era ninguna incógnita para él.

Guli, de regreso a su casa se prometió a sí mismo: —Tengo que conseguirlo yo también. Tengo que lograr lo mismo que Mayran. No basta con tener reflejos esporádicos. Quiero vivir sin incógnitas. ¡Y lo lograré!

## CAPÍTULO VIII

Dos días después, Guli tenía ante sí otro informe llegado de Skofer, y esperaba a su padre para mostrárselo.

El informe era algo más completo que los anteriores y decía:

«MAS ALLÁ DE LA ZONA ROJA SEGUIR COORDENADAS 2.»  
TABLA» «ES URGENTE VENGAN» «NECESITAMOS  
SUBSISTENCIAS» «PERECEMOS»

Cuando el profesor Lom regresó no pudo dedicar demasiado tiempo a su hijo.

—Tengo que salir en viaje de estudios. Una semana alrededor de nuestro satélite, pretenden instalar un nuevo laboratorio espacial y necesitan mi colaboración.

—¿En la rueda artificial? —inquirió Guli.

Vulgarmente llamaban «rueda» al satélite instalado cerca de la luna del planeta. Allí existía un laboratorio para investigación cosmográfica.

El profesor adujo:

—Está en proyecto lanzar una nueva rueda más perfeccionada, y más lejos. Por eso es necesario explorar.

Miró la nota y murmuró:

—En cuanto a esto tendrá que esperar.

—Ahora todo es más concreto. Nos indican la ruta. Coordenadas de la segunda Tabla. Te he oído decir muchas veces que esas coordenadas ya no se usan. Su existencia es poco conocida, sin embargo, los de Skofer lo saben. ¿Sigues pensando que es una broma?

—Mira hijo, particularmente no. Pero para dar un cariz oficial a todo esto se necesitan pruebas. Se está investigando.

—Papá. Yo te daré otra prueba.

—¿Cuál?

—Una fórmula de carburante. Hace un par de días que la tengo en mi poder.

—¿Te dedicas a sacar fórmulas?

—No es mía. Sólo la he estado comprobando: Échale un vistazo.

—Y le entregó una nota con la fórmula ya desarrollada.

El interés del profesor creció por momentos.

—Pero esto...

—¿Revolucionario, eh?

—¿De dónde lo sacaste?

—Eso no importa ahora.

—Pero no te das cuenta. Aplicada podría dar resultados hasta ahora totalmente desconocidos.

—Sí, papá. Y es porque sale de la rutina..

—Se hubiesen necesitado años y años de estudio para desarrollar lo que has hecho tú... ¡oh no! Tienes que decirme cómo lo has conseguido.

—Mayran...

—Debí suponerlo. Creo que tendremos que hablar con él.

—No, papá. Yo te lo he dicho a ti, pero a él no le mezcles. Se desentiende de esas cosas.

—Un hombre capaz de haberte dado la clave de ese combustible no puede desentenderse. El profesor Shilok pasó años estudiando esa posibilidad. La gente se rió de él, y murió sin haber sacado nada en limpio.

—Pues ya ves que no es tan difícil.

—Hijo. Si la fórmula es importante no lo es menos la ecuación que tú has realizado para despejar la incógnita. Nunca he dudado de tu inteligencia. Muy superior a la media a tu edad, por eso ahora te pido que aceptes el puesto en el gabinete. Desde allí podrás cambiar la mentalidad oficial, la rutina que a menudo criticas. Si puedes demostrar con pruebas tu talento, tu voz se Oirá. Quizá empiece una nueva Era. Piénsalo mientras estoy de viaje. Sólo una semana. ¿De acuerdo?

El joven no contestó. Su padre se guardó las notas en su portadocumentos y añadió:

—Mañana dejaré el asunto planteado y pasaré esas notas al Consejo Superior para que mis colegas comiencen a trabajar. Si recibes nuevos comunicados que juzgues importantes ponte en

contacto con ellos. Formamos un buen equipo. No hay secretos entre nosotros y como ya te he dicho ya se ha empezado a investigar el asunto Skofer.

—Pero como siempre, van lentos.

—Todo ha de seguir un orden —repuso el profesor—. Ahora tengo que irme. Piensa en lo que te he propuesto, hijo. ¿Lo harás?

—Sí, papá.

—Adiós, hijo. ¡Ah! Y dístrae te de vez en cuando. No es bueno que siempre estés metido entre fórmulas o haciendo experimentos. Eres joven.

—Sí. Un día de esos voy a cumplir diecinueve años. Para celebrarlo me gustaría ir a Skofer.

—Temo que será demasiado pronto, hijo. Adiós.

Se quedó solo en el gabinete. Escuchó una música suave y el murmullo de voces de la salita de recreo de su hermana. Asomó y vio a Gin con una amiga que ya conocía de otras ocasiones, una muchacha muy atractiva. Tenía dieciocho años recién cumplidos y como todos los de la raza del habitáculo era alta y bien formada, pero más bella que otras de su edad.

—Hola, Guli —saludó la muchacha—. No se te ve mucho últimamente..

Gin respondió por su hermano.. —Se pasa el día encerrado en su estudio. Un día saltaremos por los aires.

—¿Haces experimentos? —preguntó la joven.

—No me gusta perder el tiempo, Maya. ¿Te llamas así, verdad?

—¡Qué poca memoria tienes!

La música sonaba y Maya ondulaba su cuerpo siguiendo el ritmo cadencioso.

Se movía bien. Guli la observó y ella pareció complacida de la mirada del joven.

—¿No te gusta la música? —preguntó.

—Sí. A veces relaja.

—Te conviene —terció su hermana—. Siempre tienes el cerebro ocupado.

—Tienes razón, Gin. Hoy quiero divertirme. —Y se colocó, al lado de Maya a la que tomó por la cintura y se movió a su compás.

Gin los miraba embobada. Gin era la menor. Tenía dieciséis años y estaba llena de picardía.

—¡Qué buena pareja hacéis!

Aquello no duró mucho, porque sonó un timbre. Era la señal de que en la pantalla privada alguien deseaba hablar.

La madre de los muchachos no estaba en casa y Gin fue a contestar.

Puso la conexión y apareció a través de la pequeña pantalla la imagen de su padre.

—Voy a salir esta misma noche.

—¿No volverás, papá? —preguntó la muchacha.

—No. Y bien que lo siento. Díselo a tu madre. Dile que tenemos que aprovechar las condiciones atmosféricas favorables.

—¿A qué hora emprenderás el vuelo? —preguntó Gin.

—A las 7 hora planetaria.

En la ciudad —en todas las ciudades del planeta existían dos horarios. El local de cada ciudad en relación con el meridiano solar y el planetario, horario simbólico común a todas las naciones, a fin de unificar el tiempo.

Las 7 hora planetaria, eran las 10 de la noche, o décima hora de la jornada dividida justamente en 20.

El profesor aún siguió hablando con su hija, mientras Guli y Maya seguían al compás de la música.

—Antes salíamos alguna vez —recordaba la muchacha.

—Eramos unos críos. No teníamos nada que hacer.

—¿Te sientes muy mayor? —inquirió ella.

—¿Y tú?

—Estoy en edad de poder desposarme.

—De eso no cabe duda —sonrió él.

—Me gustaría encontrar un chico como tú. ¿No te lo ha dicho tu hermana?

—Tal vez...

—¿No te gusto? —preguntó con coquetería.

—Mucho.

—Tú a mí también, Guli. Era costumbre ya de siglos que las parejas expresaran clara y libremente su sentir. Sin tapujos, sin falsas inhibiciones.

El se aproximó más para besarla brevemente. Ella le devolvió el beso. Era señal de que deseaba ser besada. Otra costumbre. Guli la abrazó ahora con fuerza y la besó con todo el deseo de su juventud.

Maya vibró ante la ardorosa caricia que correspondió plenamente.,

Gin les sorprendió en este momento y esperó a que concluyeran.

—¿Estás aquí? —preguntó Guli al verla, y tras separarse de Maya con toda naturalidad —. ¿Quién era?

—Papá. Se va esta noche. A las 10.

—¿Tan pronto?

—Lo veremos por la pantalla. Van a conectar los del Canal Oficial. Me gustará ver la nave.

La pequeña fiesta continuó hasta, que regresó la madre de los chicos que fue informada de la marcha de su marido. Se mostró contrariada pero comprensiva a la vez.

Maya se despidió.

—¿Nos veremos el fin, de semana? —preguntó ella.

—Bueno, sí. Ya llamaré —murmuró él... Guli cenó con su madre y su hermana y comentaron sobre Maya.

Eran ya cerca de las diez y Guli se levantó par ir a su cuarto-estudio.

—¿No quieres ver a papá? —preguntó su madre.

—Sí. Avisadme cuando empieza la transmisión. Tengo algo que hacer entretanto.

La aguja magnética se aproximaba a las 10. Faltaban diez puntos, cien revoluciones.

De pronto, Guli que observaba su instalación transmisora se llevó las manos al rostro y lanzó un grito.

—¡No!

En aquel instante su madre llamó a la puerta.

—Guli. Va a empezar la transmisión.

—¡No! —volvió a gritar el joven y se lanzó como una flecha hacia la pequeña pantalla, y pulsó un timbre. Automáticamente sonó la señal magnética.

—Base de Naves. Es urgente. Quiero hablar con el profesor Lom. Persona a persona.

La serie de sonidos automáticos indicaron que el mecanismo estaba ya en funcionamiento.

La esposa del profesor miró angustiada hacia su hijo.

—¿Qué es lo que pasa, Guli?

—No lo sé. Es decir sí... Papá no puede tomar esa nave. No puede. ¡Va a morir!

## CAPÍTULO IX

No hacía falta preguntar el motivo que habla impulsado a Guli a obrar de aquella forma.

Su madre estaba convencida de que su hijo había tenido otra premonición y esta vez parecía mucho más sugestionado que en las ocasiones anteriores.

Incluso parecía intuir la respuesta de la operadora de la base.

—Es imposible, señor. El profesor está preparado para dirigirse a la nave que debe despegar a las diez en punto.

Faltaban 7 puntos. Setenta revoluciones. Guli no se resignó.

—Es un caso de vida o muerte. Una emergencia. Dígale que le llaman de su casa.

—Lo intentaré, señor, pero no estoy segura de conseguirlo. Aguarde.

—¡Cielos, hijo! ¿Qué es lo que has visto? —preguntó su madre con voz angustiada mientras Guli esperaba impaciente oír de nuevo la voz de la operadora.

—La nave, mamá... Sé que algo va a fallar. No puedo precisar, pero papá no debe tomar...

La voz de la mujer al otro lado de la conexión apareció juntamente con su rostro reflejado en la pequeña pantalla.

—He hecho la gestión personalmente, señor, pero es inútil. Están ya en el pasadizo para entrar en la nave. Si tiene abierto el canal oficial puede verlo.

Gin lo indicó en aquellos momentos.

—¡Ahí están!

En efecto. Un equipo de siete hombres cruzaba el corredor encristalado que conducía desde la sala de espera al interior de la nave que estaba dispuesta a partir.

Seis puntos, sesenta revoluciones, y éstas parecían ir más deprisa

de lo normal.

—Señorita. Quiero hablar con el jefe de la base. Soy el hijo del profesor Lom. ¡Es importante! ¿Quién es el jefe?

—Es Raid, pero temo que tampoco pueda ponerse, en estos momentos se dirige a la sala de control.

—¡Que lo paren todo! Va: a ocurrir una tremenda desgracia...; Escuchen. Ahora no tengo tiempo de explicar nada. ¡Es una emergencia!

Los científicos entraban ya en la nave, serios, circunspectos. Gin creyó distinguir a su padre.

—¡Ya han entrado! —Su voz sonaba también angustiada.

La telefonista parecía indecisa.

—Esto no es muy corriente. No puedo hacer sonar la alarma sin una causa justificada.

—Se la estoy dando. ¡Oiga! Es un caso de vida o muerte.

Las cámaras instaladas alrededor de la nave enfocaron a los científicos sentados en derredor de una columna central. Una panorámica permitió mostrar uno a uno los rostros de los siete hombres.

Delante, en el mismo recinto cilíndrico, se sentaban los dos pilotos.

—Cierren la escotilla. Pongan el seguro. Preparados, señores. Van a dar la señal de la cuenta atrás.

La telefonista pulsó el botón.

Un timbre intermitente sonó en la sala de control.

—¿Qué ocurre?—preguntó el jefe que tenía a su cargo el control del vuelo desde la base.

—¡Esperen! —dijo Raid, jefe a su vez de la base.

—No es posible. Estamos en el tiempo límite.

Los relojes señalaban menos cuatro puntos. Necesitaban tres para la combustión y uno para la cuenta final. Una palanca iba recorriendo los puntos aumentando la presión.

La voz de la telefonista sonó a través de un altavoz.

—EL hijo del profesor está llamando. Pide suspendan el vuelo. Dice que la nave está en peligro.

Raid cambió una mirada con el responsable del vuelo que negó con la cabeza.

—Se han tomado todas las precauciones. Es una de nuestras

mejores naves y va a ser lanzada por los métodos más seguros. Esto es absurdo.

La telefonista con aspecto angustiado, insistió:

—Ese joven mantiene lo dicho.

—Hay que hablar con el profesor Lom —dijo Raid—. Pónganme en comunicación con él.

—Esto es irregular, jefe Raid. Usted lo sabe: No se puede demorar el lanzamiento. Estamos sobrepasando el tiempo límite.

Por la pantalla el locutor informaba.

—Se están consumiendo los últimos momentos. Todo sigue su curso normal.

Junto a la otra pantalla, Guli no podía dominar su impaciencia.

—Lo siento, señor—decía la telefonista—. Ha dicho que esperara.

—¿Por qué no paran esto? —exclamó el joven. Su rostro había experimentado un brusco cambio, parecía haber envejecido diez años en unos segundos.

Y entretanto Raid estaba en contacto con la nave. Le contestó un piloto.

—El profesor no puede oírle. Tienen las escafandras puestas. ¿Es que ocurre algo?

—Sí. Dese prisa. Póngame en contacto con él.

El piloto manipuló el control y dio paso a la escucha al profesor.

Raid habló brevemente.

—Aunque no sea normal, tengo el deber de advertirle que su hijo nos ha pedido que suspendiéramos el vuelo.

—¡Ah!

—Según él la nave está en peligro. Nuestros técnicos tienen motivos para estar seguros de que está en perfectas condiciones. Quiero su opinión.

El profesor Lom comprendió. Se trataba de otra premonición y aunque dudó un instante se mantuvo firme en sus convicciones.

—Que todo siga igual, Raid.

—Profesor. Esto es grave. Estamos perdiendo tiempo y no es normal. Si su hijo ha pretendido gastarnos una broma...

—No se trata de esto, señor. Y no retrase el vuelo por esta causa. Ya hablaremos de esto a mi regreso.

—De acuerdo, profesor.

Cerró la conexión e hizo un ademán con la cabeza al responsable del vuelo mientras comentaba:

—Lom es uno de nuestros mejores hombres. Esto es extraño a menos que tenga problemas con su hijo. —Lo dijo casi para sí.

La cuenta atrás acababa de empezar.

Todo estaba a punto.

—Lo siento —fueron las últimas palabras de la telefonista y Guli vio con desespero como la pequeña pantalla se oscurecía.

—Ya no hay nada que hacer...

—¡No! —gritó la madre—. Tienes que haberte equivocado. Tienes que haber te equivocado. ¡Dilo, Guli! Di que ha sido un error tuyo.

Los últimos puntos se habían consumido.

La nave se elevó majestuosa y rauda ante la curiosidad general en la plataforma de la base.

—¿Me oyes, Guli? —insistía la madre.

Pero Guli permanecía silencioso recordando las palabras de Mayran.

—«Saber de antemano lo que va a ocurrir no sirve para evitarlo. Lo que tiene que suceder, sucederá.»

## CAPÍTULO X

Nadie se movió de la pantalla en casa del profesor. Su esposa, Gin y Guli observaban un programa habitual, que no les interesaba en absoluto, pero aunque nada dijeran todos esperaban la fatídica noticia.

Guli fue el primero en abandonar la estancia para encerrarse en su cuarto-estudio.

Pasó la vista por todos los objetos sin fijarse en ninguno en especial, sin ver nada.

Se paró al final en la rana.

Había vuelto a aumentar de volumen. Eso sí lo vio, pero no pensó nada concreto al respecto.

Se fijó por fin en uno de los preparados. Dudó unos instantes y al fin decidió medir una dosis.

La tomó y se tumbó en un diván expreso para relajarse.

Esperó los efectos que no tardaron en producirse. Primero una creciente sensación de náuseas. Deseos de devolver. Todo se removía en su interior. Duró poco, para dar paso a una sensación de cansancio muscular, de relajamiento total. Su mente parecía que iba perdiendo la facultad de pensar, todo iba oscureciendo poco a poco, y Guli vivió la sensación de hundirse en un abismo sin fin.

Acabó por no sentir el peso de su propio cuerpo y tuvo la certeza de estar flotando en el aire.

El descanso era total, absoluto, sin embargo las sienes comenzaron a latirle, la sangre pareció que corría más veloz por sus venas y recobró la facultad de pensar.

Cerró los ojos y miles de imágenes desfilaron por una pantalla imaginaria.

Se agolpaban sucesos pasados, cosas que Guli recordaba perfectamente junto con otras que parecían nuevas para él, pero de

las que sin embargo era protagonista.

Dejó que su imaginación vagara por entre aquel mar de imágenes multicolores, y decidió centrar su atención en una sola...

Poco a poco aquellas escenas recordadas o no fueron desapareciendo para concentrarse en un motivo azul. Completamente azul.

Era el espacio.

—Eso —murmuró Guli.

En el espacio apareció la nave.

Parecía contemplarla desde una ventana móvil que fuera siguiendo el recorrido del vehículo sideral.

La inscripción de la nave era la misma que había tomado su padre poco antes en compañía de sus colegas para la misión que les fue encomendada.

El vuelo parecía normal.

—Eso ya lo vi —dijo Guli en voz alta—. Lo vi pero con menor nitidez.

Sí. Fue en el momento en que tuvo la premonición. Fue una fracción de segundo. Vio la nave en ruta y vio cómo de pronto estallaba.

Pero vio algo que no dejaba lugar a dudas. Vio a su padre en el momento de salir disparado al espacio. Vio su sensación de dolor y al mismo tiempo de pánico ante la muerte segura.

Pero entonces fue sólo un instante, ahora relajado y con mayor capacidad de concentración lo veía codo más claro.

Seguía el vuelo.

—Va a estallar. Va a estallar muy pronto —dijo Guli, pero no se sentía angustiado. Aceptaba aquella visión como algo inevitable. Su calma podía parangonarse a la de su amigo Mayran.

Vio a Mayran un instante. Mayran decía:

—«Lo que tiene que ocurrir ocurrirá. Nadie puede cambiar el curso de los acontecimientos.»

La faz de Mayran desapareció de sus recuerdos. Volvió la nave.

De pronto, surgió el estallido:

El vehículo quedó envuelto en un infierno de fuego y humo. En una auténtica bola.

Simultáneamente los científicos lanzados unos contra otros rebotaron por las paredes.

El rostro del padre de Guli visto a través de la escafandra que aún llevaba puesta, expresó el pánico del momento, luego un gesto de dolor.

Y todo ello Guli podía verlo como si alguien lo estuviese filmando con una cámara ultrarápida para proyectarlo a increíble lentitud.

Vio también los restos de la nave esparciéndose por el espacio.

Cuerpos mutilados, ir reconocibles ya, de los ocupantes del vehículo.

Pedazos de miembros de nueve hombres —siete científicos y dos tripulantes.

Materia orgánica y materia inorgánica proyectada en el cosmos.

Luego la nada.

Salió de la casa. Su madre y su hermana lloraban abrazadas junto a la pantalla. No les preguntó nada. Se sentía solo. No ya por la desgracia en sí inevitable según los principios de Mayran, sino porque aquel poder que estaba seguro de poder llegar a dominar le aislaría todavía más.

¿De qué serviría ser el dueño de todas las incógnitas si no podía evitar los desastres?

«Tal vez nadie lo ha intentado —pensó—. Tendré que hablar con Mayran. Es importante.»

No se daba cuenta de que estaba hablando sólo.

Ni siquiera advirtió la presencia de los dos agentes que bajaban de un bólido y se dirigían hacia él.

Seguía pensando.

«Mayran se ha liberado, por eso adopta una actitud fatalista, pero se puede luchar. Cambiar las cosas. No dejarse influir por la rutina. No podemos cambiar el pasado, pero sí el futuro. Una legión de espíritus liberados, luchando para evitar catástrofes. Sería hermoso poderlo realizar.»

De súbito vio a los dos agentes ante él. Eran dos hombres fuertes, poderosos, los elegían así para guardas de seguridad.

—Es usted Guli Lom, ¿verdad?

Era inútil negarlo. Cuando los guardas preguntaban por pura cortesía estaban ya seguros. Tenían la descripción fotográfica de la persona a la que buscaban.

—¿Qué quieren de mí?

Le habían pasado ya los efectos de la droga, ahora estaba de mal talante. Sentía un tremendo odio por quienes no habían querido hacerle caso cuando les advirtió del peligro.

—Tiene que acompañarnos.

—¿Para qué?

—Ordenes superiores. Quieren hacerle preguntas.

—¡A buena hora! —exclamó el joven—. No iré.

—No se resista —dijo el agente que llevaba la voz cantante.

—¡Me resisto! —provocó el joven.

A partir de ahí sabía de antemano lo que iba a suceder.

## CAPÍTULO XI

En los países relativamente ricos la delincuencia era escasa, pero no por ello dejaban de existir malhechores, ladrones de secretos industriales, espías con ansias de poder personal y también algún asesino, que eran debidamente «curados» como solían decir para su posterior reinserción a la sociedad.

Así cuando los agentes tenían orden de detener a alguien que se resistía podían obrar de dos maneras. Hacerle seguir a la fuerza o bien disparar contra él balas narcóticas con el fin de dejarlo inconsciente y por tanto manejable.

Guli al resistirse a ser detenido sabía lo que le esperaba, pero en aquellos momentos necesitaba descargar contra alguien su furia interna y esperó la reacción de los guardias.

Esta no se hizo esperar. Eran dos y fuertes y trataron de sujetarle entre ambos.

Guli aguardó el momento oportuno para inclinarse y con una llave perfectamente estudiada volteó a los dos hombres a la vez con una facilidad asombrosa.

Aquellas enseñanzas de defensa personal aprendidas en el Club de Estudios le habían permitido en juegos y competiciones salir siempre victorioso. Y ahora también le favorecían ante agentes mucho más poderosos.

Guli tras la llave intentó salir corriendo, pero uno de los policías, rápido en reflejos y hábil en la captura de gentes se lanzó en plancha consiguiendo sujetar una de las piernas del fugitivo.

Guli perdió el equilibrio, pero utilizando la otra pierna propinó un golpe al agente al que obligó a soltarle.

El compañero del guardia caído, estaba ya en situación de proseguir la lucha y se lanzó materialmente encima del joven que esquivó con un hábil quiebro de cuerpo, al tiempo que saltando

acrobáticamente volteaba al guardia haciendo que cayera sobre el cuerpo de su compañero que intentaba incorporarse.

Con los puños prietos hubiera deseado continuar aquella lucha. Demostrar que su juventud no le impedía ser el más fuerte, pero aquello no era una cosa personal. Sabía que los agentes se limitaban a cumplir con su deber.

—¡A Raid es a quien deberíais detener! ¡El mató a mi padre! — soltó y ya sin esperar saltó a bordo del bólido policial que puso rápidamente en marcha.

—«Me seguirán —se dijo—. Lo sé. Pero no me importa. Ahora no quiero hablar con nadie».

Puso el bólido a la máxima velocidad. Luego escuchó a través de la radio el intercambio de mensajes.

Le buscaban.

Dejó el bólido en una encrucijada y siguió a pie.

Bastante más tarde estaba en la playa. A lo lejos vio la silueta de alguien y supo aún sin verle, que se trataba de Mayran. Le estaba esperando. Y a él iba a ver precisamente.

—¿Sabías que iba a venir? —fueron las primeras palabras de Guli.

Mayran asintió vagamente.

—Sí.

—¿Por qué? ¿Es una pregunta tonta, no?

—Tenías que venir —murmuró el otro—. Van a detenernos a los dos. Tú por resistirte a los agentes y a mí por error. Dirán que soy tu cómplice.

—¡No me asombras, Mayran! —sonrió brevemente Guli—. Sólo me gustaría saber si esto ya ocurrió alguna vez.

—Va a ocurrir ahora.

—Pues es un buen momento para poner en práctica mi teoría.

—¿Qué teoría? —Cambiar el futuro.

—No.

—¡Sí, Mayran! Hasta ahora no lo ha intentado nadie.

—¿Tú crees?

—Bueno, si lo intentó alguien y fracasó no es motivo para que nos desanimemos. Allí donde unos han fracasado otros pueden triunfar.

—En esas cosas no. Nada se puede cambiar.

—Intentémoslo.

—Hazlo si quieres.

—Escucha. Tú sabes exactamente lo que va a ocurrir, donde va a ocurrir y cuándo. ¿Es así?

Mayran no contestó.

—¿Nos van a coger juntos o separados?

—Juntos.

—¿Al mismo sitio? —siguió preguntando Guli.

—Sí.

—¿Dónde?

Mayran miró en derredor. La oscuridad no era total. Una luna potente mandaba su azulado reflector. Sus sombras se proyectaban en el suelo.

Mayran señaló más allá de la chabola donde vivía, junto al final de la playa. Al otro lado se encontraban dos pistas de los «rápidos».

—¿En la pista? —preguntó Guli.

—Sí.

—¿Por qué allí?

—Será allí —replicó pausadamente Mayran.

—Si lo sabes ya tenemos algo ganado. No vamos a ir. Mi plan es otro. Tú tienes una embarcación. ¿Verdad? Nos largamos por el mar. No nos verán. Borraremos las huellas. Y en el mar con una embarcación de ébano no podrán detectarnos. Luego mañana por la mañana, yo iré a ver al jefe de la seguridad. Pero iré por mi propio pie.

—Te llevarán esta noche —insistió Mayran imperturbable.

—¡Si seguimos discutiendo así es posible! —exclamó Guli. Era la primera vez que levantaba la voz a su amigo, e insistió—: ¡Vamos! Tomemos tu embarcación. De una vez para siempre. No he podido evitar la muerte de mi padre, pero en el futuro haré lo posible para cambiar el curso de las cosas. ¡He dicho que vamos, Mayran! Si no quieres ir iré solo.

Avanzó hacia la chabola. Detrás había otra construcción que era donde su amigo tenía la frágil embarcación que funcionaba con un motor silencioso de escaso peso.

Mayran murmuró:

—Tal vez puedas huir, Guli. Pero no lo harás.

—¡Ya verás tú si lo haré! —exclamó Guli.

Estaba ya junto a la barca. Tiró de ella hacia fuera y comenzó a arrastrarla.

Pesaba poco, pero la arenilla de la playa era un lastre. La dejó fuera y buscó el motor.

—No está —dijo Mayran.

—¿Qué hiciste con él?

—No era mío. Su dueño vino a buscármelo. Me lo prestó para que yo hiciera unas pruebas.

—¿Y no puedes pedirselo? ¿Dónde vive esa persona?

—Cerca de aquí. —Y Mayran señaló el grupo de viviendas playeras al otro lado de las pistas, junto a un parque.

—Vamos los dos. O iré yo solo si quieres.

Mayran se aproximó al joven y murmuró:

—Si quieres intentar cambiar el futuro no debes ir allí precisamente.

—Si yo pudiera saber lo que va a ocurrir... Pero tú sólo hablas con medias palabras.

—Está bien. Te lo diré. Vas a traspasar la vía y tendrás un calambre, algo natural y caerás. Está por llegar un «rápido». Vas a correr un grave peligro y yo no lo permitiré. Iré en tu ayuda y te sacaré de allí. Te salvaré la vida porque el «rápido» pasará inmediatamente, pero tú insistirás en volver. Entonces surgirán los agentes y nos dispararán. Caeremos inconscientes y despertaremos en la Central de la Seguridad. ¿Quieres que siga?

—Bien... Un calambre. Pero si estoy bien... Bueno, lo admito. Voy a tener un calambre. Entonces la cosa es fácil. Ve tú. Yo esperaré aquí y mientras tanto arrastraré la embarcación hasta la orilla.

—Yo no puedo ir. Sería estúpido. Por la sencilla razón de que discutí con el propietario del motor. Me dijo que no había hecho lo que él me había pedido. Me acusó de haber utilizado su motor sólo para divertirme haciéndome a la mar y se lo llevó diciéndome que jamás volvería a dejármelo. Por eso no puedo volver. ¿Está claro?

—Pero a mí...; Si le digo que estoy en un apuro.

—Pero para ir tienes que pasar. Y caerás allí. ¿Quieres que te indique el lugar?

—¡Tú no puedes saberlo!

—¡Lo sé! Y sé que acabaríamos discutiendo.

—Entonces haz algo. Evita lo que tiene que suceder.

La conversación había subido de tono.

—¡Sí, condenado terco! Voy a intentar evitarlo.

Hizo ademán de irse.

—¿Dónde vas?

—Lejos.

—¡No, espera!

Le sujetó.

—Déjame, Guli. No empieces tú. Evita la pelea.

—¡Quiero saber dónde voy a caer!

—A veinte metros exactamente.

—¿Dónde? ¡Vamos!

—¡No!

Guli estaba poseído por la furia, arrastró a su amigo. Mayran era fuerte pero no tanto como el hijo del profesor que ya lo había demostrado.

Lo, derribó de un golpe y, lo arrastró.

—Llegaré hasta el final, Mayran, aunque sea para demostrarte que aceptando las cosas con fatalismo no se consigue nada.

—¡Suéltame!

Mayran logró soltarse, pero su amigo iba a golpearle de nuevo. Seguía fuera de sí. No parecía el de siempre.

Para defenderse Mayran le empujó con fuerza, muy cerca del paso del «rápido».

—¡No! ¡Aléjate de aquí! ¡Intento ayudarte! —le gritó.

Pero el hijo de Lom se lanzó al cuerpo de Mayran como una centella.

Rodaron los dos. Era el punto más alto de la playa, luego descendía levemente hasta la cinta del «rápido» y los dos rodaban, hacia ella.

Mayran se soltó de nuevo.

Ambos consiguieron enderezarse, pero Guli dio un traspiés y se plantó sobre la pista.

—¡Sal de aquí! —gritó Mayran.

Guli iba a salir, pero se llevó las manos al pecho. Acababa de sentir un terrible calambre, a consecuencia quizá del esfuerzo o de la tensión.

Cayó.

El «rápido» se aproximaba con su chillido característico, sordo, pero penetrante.

Mayran se lanzó para salvarle y lo consiguió en el último momento.

El «rápido» pasó como una exhalación. Como si una raya roja hubiese aparecido y desaparecido fugazmente.

Guli empezó a reponerse. Se enderezó. Mayran se volvió hacia atrás y vio dos sombras.

Murmuró.

—Es la hora...

Dos balas narcóticas les alcanzaron en aquellos momentos.

## CAPÍTULO XII

A Mayran le acusaron de vivir como un inútil. En una sociedad organizada, todo el mundo debía ser útil a los demás. Eran, las normas de convivencia.

—Estoy descansando. Vine a pasar una temporada junto al mar —dijo Mayran—. Pero— tengo medios. Los suficientes.

—Sabemos que hace pequeñas reparaciones. ¿Le basta con esto? —le preguntaron.

—Tengo víveres para todo el tiempo que me propuse permanecer aquí.

—¿De dónde procede?

—Mi carnet dice que pertenezco a una ciudad del Norte. Karmal. Pero me gusta viajar.

—¿Qué hace en Karmal?

—Ayudo a los demás. Allí no está prohibido.

—Todos tratamos de ayudar a los demás, pero ¿le pagan un sueldo?

—No. Pero tengo lo suficiente.

—Bueno. Ya hablaremos de este tema. Ahora está el asunto Guli. Usted trataba de encubrirle.

—El vino a mí a pedirme ayuda. Luego llegaron los agentes. Yo no hice nada ni en favor ni en contra. Y me hubiera gustado poder ayudar a Guli, pero hay cosas que son imposibles y ésta era una de ellas.

Al final le dejaron libre. Mayran era poco explícito. Exasperaba a sus interrogadores.

Le catalogaron como persona indeseable y le advirtieron.

—Tiene dos días para abandonar la ciudad.

—Me iré hoy mismo. Se me han terminado los víveres —fue su lacónica respuesta.

En otra sala Guli estaba ante Raid y el jefe del Departamento de Seguridad.

Este dijo:

—Está aquí por resistencia a la autoridad. Hubiese sido más fácil que acompañara a los agentes. Raid quería hacerle unas preguntas simplemente, supuso que usted se negaría y por eso recurrió a los agentes. Pero usted se empeñó en complicarlo.

—¿Por qué no le preguntan a Raid lo que hizo? El sabía lo que iba a pasar con la nave y permitió lanzarla al espacio. Ahora mi padre y los otros están muertos.

—Pero... ¿qué está diciendo? —intervino Raid.

—Lo que ha ocurrido.

—¿De dónde ha sacado esto? —inquirió Raid—. Precisamente le mandé a buscar para demostrarle de que nada de lo que usted previno era cierto. Su padre y el resto llegaron sanos y salvos al laboratorio espacial.

—¡Esto no es verdad! —exclamó Guli.

Lo era. Y lo comprobó posteriormente en la sala de mandos de la base.

La pantalla transmitía las imágenes de los científicos que en aquellos momentos estaban reunidos en una blanca y funcional sala del laboratorio espacial.

—Si quiere puede hablar con su padre. Haremos que le llamen.

Guli estaba pasmado. Lo había visto todo tan claramente. Dos veces, dos habían sido las que fue testigo de aquella escena.

Por supuesto se alegraba de ver a su padre con vida. Iba a decir algo pero no le salieron las palabras adecuadas.

—¿Qué le impulsó a hacer esa llamada, Guli? —preguntó Raid con expresión paternal.

—Lo vi —musitó para sí.

—¿Qué es lo que vio?

—Usted puede que no lo crea, Raid, pero yo lo vi. Vi estallar la nave. No es la primera vez que tengo una de esas visiones del futuro. No me importa que se ría de mí. Yo sé que es cierto.

—Si desea hablar conmigo, vayamos al despacho. Estaremos mejor.

Antes de seguir a Raid, Guli echó una última ojeada a la pantalla. La reunión de los profesores parecía disolverse.

Continuaban con el plan de trabajo.

Luego, en el despacho, Raid animó al joven para que hablara.

—Sea sincero. Yo le escucharé. Es usted hijo de unos de nuestros mejores científicos y supongo que habrá hablado a su padre de esas... visiones futuristas.

—Por supuesto. El no acaba de creerlo. Tiene una tesis inalterable...

—Quiero que sepa que yo hablé con él cuando usted telefoneó. Por supuesto no pareció hacer ningún caso.

—Quiso desafiar el peligro. Convencerme de que mis premoniciones no tenían ninguna base cierta. Eso es lo que hizo.

—Y usted debe alegrarse de que sus premoniciones fallaron, ¿no? —comentó Raid.

—Por supuesto. Pero esto tiene que ocurrir. Tal vez...—quedó pensativo. Luego Raid volvió a sustraerle de sus cavilaciones.

—Quería hablarme, ¿no?

—Sí, en efecto.. —¿Cuándo empezó a predecir el futuro?

—Hace algún tiempo tenía unas ciertas visiones a las que no di excesiva importancia. Empecé a tomarlo en serio cuando adiviné un accidente en la vía pública. Era dos calles más allá. Una persona fue atropellada. Yo lo había «visto» un minuto antes. Corrí hacia la calle y llegué a tiempo de ver el atropello. Aquello no lo comenté a nadie. Pensé que se trataba de un fenómeno inexplicable. Luego ocurrió lo del Globus.

—¿Se refiere al crucero?

—Sí.

Y Guli fue contando sus impresiones. Adujo que su tesis era cierta. Habló de la liberación del subconsciente y puso como ejemplo a Mayran.

Acabó aceptando que aquella había empezado poco después de conocer a Mayran.

Luego terminó relatando los sucesos de la playa.

Raid le había escuchado sin interrumpirle. En ningún momento puso de manifiesto si creía o no el relato de Guli.

## CAPÍTULO XIII

De regreso a su casa le esperaban dos cosas. Un aviso del Centro Principal, lugar de trabajo de su padre, donde era esperado para empezar a trabajar.

La otra cosa era Mayran. Venía a despedirse.

Giulia, la madre del joven fue la primera en hablarle.

—Hubiera estado intranquila de no haber sido advertida de lo ocurrido. ¿Por qué te fuiste anoche, hijo?

—No lo sé. Únicamente pienso que... tenía que ser así.

—¿Te han dicho que tu padre está bien?

—Sí. Le he visto.

—Comunicaron la llegada de la nave.

—Cuando salí os vi llorar. Pensé que... que ya había ocurrido.

—Tu hermana y yo llorábamos de angustia. Esperábamos que de un momento a otro nos comunicaran el fatal desenlace... Yo... Bueno, hijo, celebro que te hayas equivocado. Ojalá no pensaras nunca más en estas cosas. Ojalá no volvieras a tener presentimientos.

El no respondió. Luego su madre le indicó que Mayran estaba en el cuarto-estudio.

—Espero que no te moleste que lo haya hecho pasar allí. El parecía que lo estaba deseando.

—No, mamá. Has hecho bien.

Instantes después, Guli cruzaba el umbral de su habitación privada. Allí, en pie junto al recipiente donde estaba la rana Mayran le aguardaba.

En principio no supo qué decirle. Y para empezar dijo una vaguedad.

—Ha crecido. Engorda —se refería a la rana.

—Sí. Se ha aclimatado bien a su nuevo ambiente. Los insectos y

algunos animales saben asimilar mejor los cambios que algunos de los llamados seres superiores. Este es un ejemplo. Empieza un período de mutación. No dejes que se empareje. Es una hembra.

—No se me había ocurrido. Me la regalaste tú para mis experimentos, pero no me dijiste de dónde la habías sacado.

—La introdujeron en este planeta para experimentar. Ha salido bien de la prueba.

—¿Quiénes la introdujeron?

—Seres de otros mundos.

—Si quisieras podrías ser más explícito, Mayran. —Había una cierta frialdad en la voz de Guli, como si no se atreviera a franquearse.

—Va a crecer mucho. No te asustes. Necesitará un recipiente mucho mayor y hasta puede que una piscina, podrá servirte para experimentar. No la destruyas a menos que se vuelva peligrosa.

—Si tú lo dices habrá que creerlo. Pero me gustaría saber de dónde procede.

—No lo sé. De algún lugar donde yo no he estado. Pero no es de este planeta.

—Creía que lo sabías todo —sonrió Guli con cierta amargura.

Se hizo un silencio que cortó Mayran para murmurar:

—Siento lo de anoche.

—¡Oh, no! Fui yo. Me porté como un estúpido. Estaba fuera de mí. Pensaba en mi padre. Creí que... que había muerto, y tú tampoco me sacaste del error.

—¿Por qué tenía que hacerlo?

—¡Porque mi padre estaba vivo! Y lo está ahora. Acabo de verlo.

—Eso no significa nada. Tu padre... bueno, ya lo verás tú mismo.

—¡No empecemos con medias palabras, Mayran! ¿Qué has querido decir? ¿Acaso el viaje de regreso?

—Tú has visto algo que va a ocurrir. Eso es todo.

—Pero, ¿cuándo? —gritó Guli dando un puñetazo sobre la mesa que tenía más próxima.

La respuesta de Mayran fue ambigua, pero Guli la comprendió perfectamente.

—Tú has tenido tres o cuatro visiones del futuro inmediato. Cosas que iban a ocurrir... Que de hecho ya habían ocurrido. Sin embargo, estás al principio de tu liberación, lo que veas en adelante

no significa que vaya a ocurrir instantáneamente. Es algo que está ahí. Está escrito, está previsto. El orden cronológico no tiene importancia, porque el tiempo sólo es medido por los mortales. El espíritu es el infinito. Llegarás a ver millones de cosas y necesitarás de una enorme capacidad para ordenarlas adecuadamente. Son hechos que están ahí. —Y señaló el espacio, y concluyó—: Tú no puedes ordenarlos a tu antojo.

Sí. Era más o menos lo que Guli había pensado.

Cuando tuvo la visión de la nave estallando vio algo que tenía que suceder, que estaba «marcado» para que así ocurriera. ¿Cuándo ocurriría? Esa era la incógnita.

—Casi habría sido mejor no haberlo visto.

—Depende de cómo uno encaje las cosas. En fin. Yo debo irme. Terminó mi tiempo aquí. He venido a despedirme.

—Lo presentía.

Mayran tendió la mano a su amigo..

—Te deseo suerte —le dijo.

—Si yo te la deseo a ti —sonrió Guli— será lo mismo. Tú sabes de antemano lo que te va a ocurrir.

—No todo —repuso Mayran.

—Me asombras.

—Voy a morir muy pronto. Mi cuerpo me va a abandonar. Sé cómo se producirá, pero ignoro cuándo. Sólo presiento que será pronto.

Por un momento iba a preguntar: «¿Y yo, Mayran, y mi padre, y todos los míos?»

Pero se abstuvo de hacerlo. Por primera vez sintió miedo. Miedo de conocer su propio futuro. Un futuro que no podía evitar.

¿No?

Mayran se quedó en el umbral de la puerta. Guli aventuró una pregunta.

—¿De dónde eres, Mayran? ¿Cuál es tu planeta?

—Muy lejos de aquí —repuso sin mostrar extrañeza por la directa pregunta de su amigo.

—Lo imaginaba.

—¿Quieres saber algo más?

—Tu forma real. Porque tú no eres así.

—No. No soy así.

—¿Cómo eres?

—Sería difícil que llegaras a entenderlo.

—Puedes intentarlo.

—No. Es mejor que conserves de mí el recuerdo de tal como me has conocido.

—¿Eres un sapo asqueroso como el del recipiente?

—Podía contestarte con una mentira y prefiero no hacerlo. Quizá no haya sido del todo sincero contigo, pero algún día sabrás por qué. Te aprecio a pesar de todo. No eres tan vulgar como los demás. Tienes inquietudes, por eso te aprecio. Y ahora sí debo irme...

Soltó la fría mano de Mayran. Le quedaba un sinfín de preguntas para hacerle, sobre todo ahora que ya iba sabiendo más cosas de él.

Sin embargo le vio alejarse, saludar a su madre con una leve inclinación de cabeza, a la usanza de las buenas maneras.

Luego en la puerta se cruzó con Maya. La miró un instante y la saludó igual que había hecho con Giulia. Cuando la puerta se cerró tras la muchacha, ésta preguntó:

—¿Quién es? He sentido un escalofrío al verle. ¡Qué ojos! ¡Qué forma de mirar!

Luego la muchacha avanzó hacia Guli con una sonrisa.

El se había olvidado que empezaban las jornadas de descanso y le gustó que así fuera.

Por una vez quería olvidarse absolutamente de todo, y allí estaba Maya para recordarle la cita de aquel par de jornadas que él había prometido dedicarle.

## CAPÍTULO XIV

Pasaron las dos jornadas en el campo, en uno de los exuberantes parques naturales a mil leguas de la ciudad. Menos de una hora en un bólico normal. Menos aún con cualquiera de los «rápidos».

Estuvieron en un albergue juvenil. Había música. Se podía practicar el ejercicio y llenarse los pulmones de los mejores aromas del Universo procedentes de la variedad de flores allí plantadas por doquier.

—Sí, Maya. Me gustas lo suficiente para que tú y yo formemos el nuevo hogar.

—¿Lo dices en serio?

—Tanto como que mañana empiezo a trabajar en serio. Estaré bastante ocupado. Un científico nunca tiene horas libres.

—Yo haré que te olvides del trabajo cuando regreses a casa.

. —Pediré que nos den una buena estancia. ¿En qué zona prefieres?

—Me da igual.

—A mí también.

Se besaron felices. Habían pactado su emparejamiento. Estaban de acuerdo ambos.

—Han sido dos días maravillosos —murmuró ella.

—Sí. Ya es hora de regresar.

—¿Echas de menos tus experimentos?

—¡Oh, no! Me he olvidado por completo de ellos.

—Bueno. Voy a asearme un poco. ¿Me esperas aquí?

—Diré que nos preparen algún refresco. Un tónico.

—¡Estupendo! —se separó de él riendo y corrió hasta la entrada del albergue.

Guli también era feliz, sin embargo su sonrisa huyó fulminantemente de sus labios.

Acababa de tener una visión.

Una aterradora visión.

Maya estaba en la sala de aguas. Los chorros salían por todas partes batiendo su cuerpo, y ella se sentía feliz con la caricia del agua. Daba vueltas y vueltas riendo, y el agua seguía fluyendo implacable, violenta.

De pronto toda el agua se convirtió en un terrible vapor irresistible. Ella gritó al sentir su cuerpo quemado. Quiso ir hacia la puerta pero la niebla producida por el vapor le cegaba. La quemaba duramente y Maya seguía gritando, gritando sin que nadie pudiera oírla a través de las gruesas paredes metalizadas de la sala de baños.

Creía recordar que una vez hubo un accidente de aquel tipo. El vapor mató a un hombre joven, lo ahogó quemando por completo su cuerpo.

—¡No! —gritó y corrió desesperadamente hacia la entrada. Preguntó por la sala ocupada por la muchacha.

—¿Qué nombre es por favor? —inquirió la empleada.

—¡Maya! ¡Dése prisa!

La empleada pulsó un botón y en una pequeña pantalla apareció el guarismo 133.

Guli como una exhalación corrió por el primer pasillo. La numeración comenzaba por el uno. Llegó al final. Los corredores se cruzaban.

Aquello era un auténtico laberinto.

¿Dónde diablos estaría el 133?

Encontró la pista y siguió su alocada carrera para salvar a la muchacha de lo que podía estar ocurriendo en aquellos instantes.

—101 —leyó el número luminoso junto a una puerta—. 33 —repitió y miró a un lado.

No, era por el otro.

La numeración se sucedía, pero el corredor parecía no tener fin.

En sus oídos resonaban los gritos de Maya. Eran los gritos de su reciente visión.

133. ¡Por fin!

Golpeó la puerta y nadie respondió.

—¡Cielos!

Había un medio para abrir desde el exterior. En cada esquina

existía un armario con un par de controles remotos. Las puertas no tenían cerradura exterior. Se juntaban con absoluto hermetismo. El control podía abrirlas.

Regresó con el pequeño aparato, y pulsó dos veces.

La puerta se abrió.

En el interior surgió un grito.

No. No había pasado nada. Simplemente la joven se había asustado por aquella inesperada incursión.

—¡Cielos, Guli!

—Lo siento. Salgamos de aquí. ¡De prisa!

La cubrió con una toalla. Ella estaba aturdida. Ignoraba el motivo de aquellas prisas.

—Pero, ¿qué ocurre?

—Vamos, vamos. Te lo contaré. Ahora ve a vestirme.

\* \* \*

—Presentí que iba a ocurrirte un accidente. Un escape de vapor acumulado. Ya sucedió una vez.

—Estaba muy feliz allí. Yo nunca pienso en accidentes.

El la miró. Estaba radiante.

Continuó conduciendo el bólido por una de las pistas. La increíble velocidad les aproximaba ya a la ciudad.

—No. Mejor no pensar en accidentes.

La noticia saltó al aire aquella noche. En las pantallas pudo verse una panorámica de las instalaciones donde la pareja había pasado las jornadas de descanso. El locutor informó.

—Un escape de gases vaporosos ha producido accidentes mortales en siete de las cabinas de la sala de aguas. Siete víctimas en total.

A continuación facilitó los números de las cabinas. Entre ellos figuraba el 133.

No dijo nada a su familia. No quería hablar de aquellas visiones tuyas cada vez más frecuentes. Se limitó a preguntar por su padre.

—Está bien. Nos ha llamado. Vendrá antes de lo que creía. Pasado mañana emprende el viaje de vuelta.

—Estupendo. —Y se volvió hacia su cuarto para ocultar el rostro. Aquel viaje de regreso era otra de las cosas que también le preocupaban pero no quería que nadie pudiera notárselo, aunque su madre creyó comprender.

Ya en su habitación observó la rana. Había crecido mucho más aprisa, el recipiente le estaba quedando pequeño.

Hizo un cálculo y murmuró:

—Tres veces más grande que cuándo me la dio Mayran. Es curioso. ¿Por qué no quiso decirme de dónde procedía? Estoy seguro que él lo sabe.

## CAPÍTULO XV

El primer día de trabajo le absorbió totalmente. La comisión actuando más de prisa de lo acostumbrado, había estudiado los datos sobre las transmisiones recibidas.

Guli hablaba con uno de los jefes.

—¿No ha vuelto a tener noticias de Skofer?

—No. Probablemente esperan una respuesta a sus peticiones.

—Bien, hablemos de la fórmula del nuevo combustible. Es realmente asombroso su descubrimiento, aunque su padre, no ha querido ser demasiado explícito al respecto.

—Lo supongo.

—Bien. La fórmula funciona. Pronto tendremos a punto el prototipo para efectuar una prueba espacial. Entretanto quisiéramos conectar con sus comunicantes.

—Mi sistema es un poco... rudimentario —contestó Guli—. Al menos eso es lo que opina papá.

—Nos habló de cierta varilla o antena. Al estilo de siglos pasados. ¿Podríamos examinarla?

Dos días más tarde los técnicos del laboratorio examinaban la antena de la que se había servido Guli para captar los mensajes.

Dos días de trabajo intenso para determinar:

—No es ninguna clase de material conocido. ¿Cómo la consiguió, Guli? —La pregunta la formuló el veterano director de comunicaciones extraespaciales.

—Me la dio un amigo mío.

—Vamos, vamos, Guli. No sea modesto. Esta aleación sería muy difícil de conseguir. Sabemos por su padre que es usted muy aficionado a la investigación. Aceptamos que quiera guardar el secreto, pero...

—No hay ningún secreto, señor. He dicho la verdad. Me la: dio

un amigo mío —insistió Guli.

Aquella explicación no fue aceptada de buen grado. El veterano director pensó!que Guli no quería dar más explicaciones.

—Bien. Fabricaremos algo parecido. Si no quiere ayudarnos.

—No puedo. Ni tampoco puedo presentarles a mi amigo. Se fue. Se llamaba Mayran. Supongo que habrán oído hablar de él. Tuvimos una pequeña cuestión con las fuerzas del orden.

Hubo un pequeño murmullo que fue cortado por uno de los ayudantes que trajo la noticia.

—¡Los profesores del vuelo experimental van a regresar! Acaban de comunicarlo.

Aquello significaba que el padre de Guli iba a emprender el regreso al planeta.

Sin poderlo evitar el muchacho sintió un sobresalto. In mente recordó las escenas vividas por dos veces. La nave con la inscripción «Promotor II». El momento de estallar. Los cuerpos lanzados al vacío, destrozados, desintegrados, la mueca de dolor de su padre... Luego las llamas.

—Vamos. Están transmitiendo el despegue —dijo alguien.

—¿Viene, Guli? —preguntó alguien.

Guli estaba absorto en sus pensamientos. Pensaba.

—¿Ocurrirá ahora lo que presentí? —dijo en voz baja.

—¿Decía algo, Guli? ¡Vamos! Están a punto de despegar.

—Sí, sí. Ya voy.

Temía ser testigo. Temía que sus vaticinios se cumplieran en aquel momento. «Aquello tenía qué suceder».

Todos se habían trasladado a una sala adecuada. Desde una gruesa pantalla estaban siguiendo los breves prolegómenos de la partida de los científicos que desde el satélite artificial, o «rueda» iban a emprender el regreso al planeta.

Guli llegó el último y se sentó en un rincón.

Durante un instante la pantalla reflejó el rostro de su padre en el momento de pesar a la nave situada en el punto de partida del satélite.

Sintió un escalofrío.

«Nada podía detener el futuro.»

La nave partió y un locutor informaba:

—La estancia de los eminentes científicos ha sido más corta de

lo que se esperaba. Las conversaciones sostenidas «in situ», han resultado altamente positivas. Nuestro satélite artificial, al parecer es idóneo como punto de partida para lanzar al espacio una nueva «rueda» más lejana y proseguir los experimentos.

El locutor seguía hablando desde la base, mientras la nave había salido del satélite en dirección al planeta.

En pocos momentos la «rueda» era ya sólo un punto lejano y difuminado.

La cámara recogió unos instantes la inscripción: «Promotor II».

—Es la nave destinada a estallar... —se dijo Guli.

Todos se sentían optimistas. Guli deseó haberse equivocado como la vez anterior, aunque sabía que no se trataba de ningún error. Únicamente de una diferencia de tiempo.

—Ocurrirá alguna vez... pero que no sea ahora. ¡Ahora no!

Sin embargo no podía pasar mucho tiempo. El rostro de su padre en la visión de sus premoniciones era joven, es decir, tal como aparecía en estos momentos, por lo tanto lo que había de ocurrir no podía tardar.

—No... no —se decía Guli mentalmente.

Y mientras, la nave proseguía y en apariencia todo funcionaba a la perfección.

—Tras ese vuelo, es posible que podamos darles noticias de los planes inmediatos para la puesta en contacto con un planeta lejano del que se ha comprobado existen seres vivientes necesitados de ayuda —decía el locutor en aquellos instantes..

—¡Cómo corren las noticias! —exclamó alguien.

—Se ha localizado el emplazamiento ¿de este lejano habitáculo y una nueva fórmula de carburante permitirá realizar el vuelo —proseguía el locutor.

Guli no oía. Sus ojos miraban fijamente a la nave. Ahora se sucedían una serie de primeros planos que la cámara automática ofrecía a los televidentes.

El rostro del profesor Lom aparecía sonriente.

Guli se estremeció.

—Igual que como lo vi —se dijo a sí mismo.

Pero no... La nave proseguía. El viaje sería largo todavía.

—Informaremos a ustedes de la llegada de los científicos, que tendrá lugar a primeras horas de la noche.

La incertidumbre duraría todavía algún tiempo. Guli salió de la sala y como era incapaz de concentrarse en su trabajo salió del Centro y a bordo de su bólido se alejó.

Esa duda no le dejaba vivir.

## CAPÍTULO XVI

Recibió la noticia en, el hogar de Maya.

Los dos jóvenes se miraron un momento. Ella sonrió:

—¡Han llegado! ¡Están aquí, Guli!

Y Guli lanzó un suspiro de alivio. Abrazó a la muchacha y dijo:

—Tengo que irme. Supongo que mi padre tendrá cosas interesantes que contar.

—Lo comprendo. Sólo quería preguntarte si los dos días de descanso saldremos como la otra vez.

—¡Oh, sí!

—¿Iremos al mismo sitio?

—¿Por qué no? Si te gusta.

—Lo pasé muy bien. ¿Y tú?

—Claro que sí.

Pensó un instante en la visión de la sala de aguas inundada de vapor, pero no hizo ningún comentario. Besó a Maya y salió para su casa.

Su padre había llegado. Se reunieron todos. La madre, la hermana de Guli y él.

—Las posibilidades a partir de la «rueda» son excelentes —explicó Lom— pero parece que ahora se han tornado en serio lo de la conexión de Skofer. ¿Qué hay de ello, Guli?

—Todo sigue adelante.

—¿Has recibido nuevos contactos?

—No. Pero voy a intentarlo esta noche.

Guli se levantó y su padre lanzó una pregunta que el joven ya temía.

—¿Podremos hablar esta noche, Guli?

—Claro, papá.

Poco después Guli, solo en su cuarto-estudio trató de conseguir

conexión con el lejano planeta.

Su padre entró y permaneció a su lado en silencio. El aparato no daba la menor señal.

Lom rompió por fin el silencio,

—Debías estar muy seguro para llamar a la base y tratar de que suspendieran el vuelo.

—Sí, lo estaba. Y sigo estándolo.

—Deja de creer en esto. Mayran te ha trastornado.

—Mayran ya no está, padre.

—No he tenido mucho tiempo para hablar con el Jefe de la Seguridad, pero parece que le echaron.

—Puede. Pero él ya tenía previsto marcharse.

—De todos modos...

—Papá, no hablemos de esto. Tuve una desagradable experiencia la noche que te fuiste. Aunque no puedas comprenderlo yo estoy seguro de que lo vi, tiene que ocurrir. ¡Ojalá pudiera ser cambiado el curso del futuro!

—De una vez, Guli. —El profesor mostró cierta energía, sin embargo no pudo terminar porque la señal anunció que los de Skofer iban a transmitir.

Y transmitieron con los signos acostumbrados que la computadora tradujo.

El mensaje era éste:

«VAN POR BUEN CAMINO. NO DEMOREN PUESTA EN CONTACTO CON SKOFER. LES NECESITAMOS.»

\* \* \*

La actividad en Centro era absoluta. Se estaba montando la nueva estación para captar los mensajes de Skofer. El director pudo anunciar que todo estaría previsto para aquella noche.

La expectación era general, y llegada la noche, todo el personal estaba pendiente de la conexión.

—Pruebe usted, Guli. Lance un mensaje —le pidió el director.

Así lo hizo y tras otra corta espera, los de Skofer contestaron.

—Transmiten con un código extraño —dijo alguien.

La traducción repitió el mismo mensaje que ya había recibido Guli en su casa la última vez:

«VAN POR BUEN CAMINO. NO DEMOREN PUESTA EN CONTACTO CON SKOFER. LES NECESITAMOS.»

El jefe de programaciones anunció solemnemente:

—Todo está a dispuesto, señores. Dentro de tres jornadas estaremos en disposición de realizar el vuelo. Sólo falta el permiso de la Superioridad.

Una exclamación de júbilo reinó en la estancia y luego todas las miradas se volvieron hacia Guli.

—Es la primera vez que un proyecto toma cuerpo en tan poco espacio de tiempo, y ha sido gracias a usted. El combustible, sobre todo, ha sido la causa de que todos deseen probarlo. Además, si podemos ayudar a nuestros hermanos extraplanetarios tanto mejor. Si necesitan de nosotros es porque creen que podemos serles útiles. Sin duda somos superiores.

Lom no parecía demasiado convencido. Últimamente todas sus tesis parecían hacer aguas.

—¿Qué le pasa, Lom? Bueno. No me lo diga. Lo sé... —dijo el jefe del departamento palmeándole la espalda—. Pero debe comprender que a cada época descubrimos nuevas posibilidades. Lo que hace siglos era dogma de fe, el tiempo ha cuidado de desmentirlo. Hubo una época en que la conquista del espacio era una pura utopía. Hoy podemos viajar, con limitaciones, pero cada vez vamos más lejos. Ahora ese nuevo combustible nos abre posibilidades hasta hace poco insospechadas, y hemos conseguido una conexión con un lejano habitáculo. Debemos aceptar la realidad.

—Yo la acepto, pero hay algo, que no veo claro en todo esto —y Lom seguía pensativo.

Y preocupado a la vez.

—¿Qué le tortura?

—Nada y todo. Sería difícil de explicar.

—Usted seguirá siendo siempre el número uno.

—Eso me preocupa poco. He dedicado mi vida a la ciencia. Y celebro que sea mi hijo quien abra nuevos horizontes pero... a veces tengo miedo.

—¿De qué?

—No lo sé. Eso es lo malo. Ni yo mismo lo sé.

\* \* \*

Aquella misma noche, Lom se había metido en el cuarto-estudio de su hijo. Observaba sus cosas, sus brebajes, sus fórmulas.

Estaba detenido junto a la rana a la que le había sido designado un recipiente cinco veces mayor del que fue su primitiva pecera.

Guli entró y Lom, volviéndose, preguntó:

—¿Qué le das a ese animal para que haya crecido de esta forma?

—Nada, papá.

—No es posible. Tiene un tamaño descomunal. No se parece a ninguno de los de su especie. Habrás puesto algo en el agua.

—Mayran dijo que no le diera absolutamente nada, y así lo hice.

—¿Y te dijo Mayran a qué era debido este aumento?

—No. Lo único que sé es que procede de otro habitáculo. Tiene forma de rana, pero seguro que deben llamarla de otro modo. Y llegado el momento podrá servirnos para investigar. Aunque ahora no se me ocurre qué...

—Resistió los gases venenosos —recordó Lom.

—Sí. Con ellos debía vivir el mismo ambiente de su planeta.

—Y al mismo tiempo resiste nuestro propio ambiente —hizo notar Lom.

—Sí. Nosotros moriríamos si aspiráramos aquel gas y en cambio un simple animal...

Su padre le estaba mirando fijamente.

—¿Qué te ocurre?

La respuesta de Lom fue otra pregunta.

—¿Qué más cosas te enseñó Mayran?

—No me enseñó, nada, papá. Me dio la rana, la antena y me probó que el futuro es tan intocable como el pasado.

—Ya...—murmuró Lom y salió de la habitación.

Había algo que flotaba en el ambiente, porque Guli también estaba persuadido de que «iba a ocurrir algo».

Por un momento observó sus fórmulas.

Podía tomar una dosis y concentrarse.

Lo hizo.

Se tendió en una butaca flexible para descansar y se relajó.

Su mente se pobló de profundas visiones del pasado. Trató de ver las cosas con un orden cronológico, remontándose desde los primeros años de su vida.

Volvió a vivir escenas que ya tenía olvidadas, Las revivió con una absoluta nitidez.

A veces se mezclaban otras cosas algo más confusas, pero

procuraba retener el hilo.

Tornó a vivir igualmente los primeros tiempos de su amistad con Mayran.

La pelea junto al canal o pista por donde se deslizaban los «rápidos». El disparo, su detención...

Revivió «el futuro».

La sala de aguas de aquel lugar de descanso... La nave «Promotor II», su estallido. Humo, griterío apagado por la distancia, el rostro de dolor de su padre...

Y luego algo que no entendió.

Brumas, sonidos extraños. Sensación asfixiante, y el grito de alguien pidiendo socorro. Un grito multiplicado.

Extraños seres, minúsculos, parecidos a medusas, terribles ventosas que se incrustaban en... alguna parte.

¿Pasado, presente, futuro?

No lograba concentrarse. Ya no podía recorrer los hechos cronológicamente porque al lado de aquellas medusas y de las brumas, y entre el griterío se veía a sí mismo, siendo un niño, correr hacia su madre terriblemente asustado.

¿Cuándo ocurrió aquello?

## CAPÍTULO XVII

Se despertó con una extraña pesadez. No quiso contar a nadie sus sueños provocados, porque para él eran realidades que no podía contar a las demás personas.

Pasó el día en el trabajo. Concentrado en unos estudios sobre las reacciones del combustible. Todo el equipo trabajaba en lo mismo.

Se hicieron las últimas pruebas y aquella noche se lanzó al aire un prototipo pilotado por un piloto llamado Grez.

La velocidad de despegue de la nave era superior a todas las previsiones. En pocos momentos superó la distancia existente entre el planeta y el satélite artificial.

—Esto es fantástico, amigos —informaba el piloto—. Si no tuviera ante mí la pantalla de las coordenadas creería que estoy soñando.

—¿Qué tal la estabilidad? —le preguntaron.

—Mucho mejor que con el viejo sistema. Y esto que esta nave ya lleva volado lo suyo.

—¡Fantástico! Bien, Grez, ya puede regresar.

—Déjenme un poco más. Esto no ocurre todos los días. Creo que puedo acercarme a Soder-Klix.

—Esto está muy lejos. ¡No se ha intentado nunca!

—Por eso mismo. No me pierdan de vista. Voy a acelerar.

Le concedieron el permiso. Todo iba a pedir de boca. —¿Qué les parece? —inquirió Grez—. Estoy cerca de Soder-Klix.

—¡Increíble! ¡Y seguimos viéndole perfectamente!

—Tomaré unas fotografías del planeta. Me acercaré lo más posible —informó el piloto Grez.

—Hasta ahora —dijo Lom—, lo único que teníamos de Soder-Klix eran unas fotos tomadas a distancia. Ello nos permitió comprobar la carencia total de vida.

—Ahora tendremos datos más concretos —dijo un colega.

Guli asistía en silencio.

Greiz tomó la palabra.

—He dado una vuelta completa a la esfera. El planeta es totalmente llano. No hay vegetación, pero ofrece posibilidades para posarse sobre él.

—Ya lo intentaremos, Greiz. Ahora no va equipado para salir de la nave.

—Eso es lo que siento. Si lo hubiese sabido...

—Regrese, Greiz.

—Sí, señores. Prepárense para recibirme. No se darán cuenta y ya estaré en la base.

La nave viró y emprendió el regreso.

La distancia en la pantalla permanente era incalculable, así como lo era también la velocidad, pero los sistemas de control informaban de que el itinerario se estaba realizando de forma casi imposible de seguir con la mirada. Los años-luz de otras épocas quedaban relegados como todas las cosas antiguas.

—La mezcla de ese combustible con los gases derriba todos los medios conocidos. La velocidad ya no es un problema —comentó Lom.

La nave seguía reflejada en la pantalla.

—Se acerca —dijo alguien.

—Al menos Mayran hizo algo más que inquietarte, papá —dijo Guli.

—Me gustaría saber de dónde sacó la fórmula.

—De su planeta. El no es de aquí. Creo que lo comenté.

Lom iba a contestar cuando alguien informó:

—Greiz está entrando en la base.

Ningún récord podía resistirse ante aquel alarde. Luego el jefe anunció:

—Señores. Mañana se realizará el viaje a Skofer. La Superioridad nos ha concedido permiso. Designaremos una nave con capacidad para doce personas. Llevaremos medicamentos, víveres y todo lo necesario para ayudar a los que nos los han pedido. Como no sabemos qué es exactamente lo que desean, procuraremos ir prevenidos con un poco de cada cosa.

—Y armas, por supuesto —comentó alguien—. Nunca está de

más, aunque es de esperar que no tengamos que usarlas.

—Me gustaría ir —dijo Guli.

—Lo supongo, pero usted no tiene experiencia en vuelos espaciales. Deje que sean ahora los expertos. Saludaremos a los seres de Skofer de su parte. Tienen que saber que fue usted el primero en captar su mensaje. ¿Quiere decirles algo especial?

—No, por supuesto. Más adelante...

—Claro —cortó el director—. Este es sólo un vuelo experimental. Una vez sepamos lo que hay allí podrá ir, Guli.

El joven lo comprendió y aquella fue para él una noche en blanco. Seguía intranquilo.

La rana, en su cuarto-estudio, le sacó de sus cavilaciones.

La rana en los dos últimos días había aumentado tanto que ahora tenía ya el tamaño de una criatura recién nacida.

## CAPÍTULO XVIII

La «Promotor I», fue la nave designada para el primer viaje a Skofer.

Era una de las mayores naves de reconocimiento y fue convenientemente aprovisionada.

Doce hombres escogidos entre los mejores subieron a ella con la emoción de ser los primeros que iban a pisar suelo extraño, a una distancia tan lejana.

El país entero, a través de las pantallas, estaba pendiente de aquel vuelo.

Guli se hallaba en casa de Maya.

—Se te nombra mucho últimamente. Estoy orgullosa de ti —dijo ella— pero te querría aunque fueras menos inteligente.

—¿Inteligente? Bueno. Si es así espero que me sirva de algo.

—¿Qué te ocurre, Guli? Te encuentro preocupado. ¿Viaja tu padre a ese planeta?

—No. El está en el laboratorio. El viaje lo realizan miembros de la guardia, dos doctores, dos expertos en planetarismo, los de mineralogía, dos pilotos y el jefe supremo de vuelos. Son doce en total.

En aquel momento el «Promotor I» estaba ya con todo el pasaje en su interior.

El locutor informó:

—Como ya pudieron observar en el vuelo de prueba, la rapidez del despegue es imposible de seguir con la mirada. Desde sus hogares y gracias a nuestras cámaras podremos seguir el vuelo hasta el final.

En aquellos instantes el director del Centro de Investigaciones, el hombre que había activado el proyecto, se reunía con los científicos en la sala de las pantallas.

Alguien dijo:

—Profesor. Creo que deberían disponer de otras naves. Los del Centro hemos llevado esto adelante. Todos desearíamos encontrarnos allí. Esto parece muy fácil ahora,

—Dos naves están a punto, señores, pero son para fines de socorro. Hay que prevenir toda posible contingencia. Se trata de un mundo desconocido.

—¿Se ha lanzado algún mensaje? —inquirió Lom.

—Sí. Pero no ha habido respuesta.

—Lo intentaremos de nuevo.

En aquellos instantes el locutor anunció:

—Estamos en el punto diez. Atención, señores. Ha llegado el momento.

Una rápida cuenta fue suficiente. La nave salió disparada. Tan pronto la vieron en la base como se convirtió en un punto lejano.

Una cámara próxima enmarcó a los doce enviados.

—Ya está en marcha —dijo el director dirigiéndose hacia el punto de transmisión. para emitir un mensaje.

—Atención, planeta Skofer. La primera nave ha partido hacia ustedes. Pronto llegará. Prepárense para recibirla.

Esta vez la respuesta al mensaje no se hizo esperar:

«ESTAMOS PREPARADOS»

Guli seguía al lado de Maya. Toda la gran pantalla de la casa reflejaba el vuelo.

El joven entornó los ojos. Maya permanecía silenciosa.

De pronto las pupilas del joven se dilataron.

«Acababa de ver algo.»

Era una visión confusa, pero tenía relación con algo.

En la imaginaria ventana de su subconsciente veía su cuarto-estudio y en él la rana. Parecía envuelta en la niebla, una bruma le impedía ver a la persona que se hallaba con ella:

Por un momento tuvo la sensación de que se trataba de su padre.

Luego ocurrió algo..., algo extraño.

La rana se volvía transparente, cambiaba su forma, se movía dentro del agua pero de forma casi invisible. ¡Había desaparecido!

Pero no...

No había desaparecido. En el agua del gran recipiente había

algo. Algo parecido a...

¡Una medusa!

¡Las medusas de sus premoniciones del día anterior!

¿Pero quién era la persona que se movía allí dentro?.

La medusa seguía removiéndose en el recipiente.

Alguien lanzó un grito.

¡Su madre!

La madre de Guli estaba allí dentro.

Luego brumas, oscuridad, y la voz de Maya que le volvió a la realidad.

—Guli... Me dijiste que tu padre estaba en el laboratorio —dijo ella.

—Así es.

—Mira esto.

Guli parpadeó y observó la pantalla.

Un equipo de científicos ha utilizado una segunda nave para dirigirse hacia Skofer. Los hombres de ciencia, claro está, quieren ser los primeros en investigar las condiciones de ese planeta que hasta ahora sigue siendo la gran incógnita para nosotros y que sin embargo requiere nuestra ayuda.

—Papá —murmuró Guli al ver en la pantalla el rostro del profesor.

Los primeros planos de algunos científicos se sucedían en la pantalla.

La segunda nave había sido lanzada al espacio.

Guli se levantó para dirigirse a la pantalla, privada y conversar con su madre.

El rostro de Giulia le devolvió la tranquilidad.

—Sí, hijo. Ya lo he visto. Tu padre llamó antes. Habían solicitado realizar el viaje. Parece que no hay peligro, ¿verdad? —Y ante el silencio de su hijo insistió—: ¿Verdad, Guli?

—Lo supongo, mamá. Oye, ¿te encuentras bien?

—Sí. ¿Por qué 10 preguntas?

—¿Has entrado en mi estudio?

—No. No he entrado. ¿Por qué?

—Por nada. Oye...

—¿Qué, hijo? Tu hermana me está llamando. Ahora en la pantalla han aparecido las dos naves. Parece que se trata de una

carrera.

—Nada, mamá. Ve a la pantalla, ¿eh? No te preocupes. Adiós.

Giulia colgó indecisa, dubitativa. Sabía que su hijo no la habría llamado sólo por el gusto de hablar con ella.

—¡Mira, mamá! —gritó su hermana. Y ella volvió hacia la pantalla para ver la segunda nave lanzada al espacio.

Guli volvió al lado de Maya que preguntó:

—¿Sucedo algo?

—No lo sé —fue la respuesta del joven.

## CAPÍTULO XIX

La primera de las dos naves entraba en la órbita de un planeta brumoso.

Era un habitáculo reducido, difícil de localizar y sin vida aparente.

Los detectores previnieron acerca de su atmósfera letal.

—Escafandras y aprovisionamiento de oxígeno —se advirtió.

Costaba trabajo ver a la nave entre las brumas.

Brumas, brumas...

Aquella sensación de peligro se acentuó en la mente del joven Guli.

La «Promotor I» tomó contacto con el planeta.

Guli asociaba la realidad con su premonición.

Medusas, enormes medusas rodeaban a seres de su planeta.

En la pantalla alguien que había tomado tierra gritó:

—No nos espera nadie, sin embargo...

Otro grito y nadie supo por qué, porque de repente la pantalla quedó a oscuras.

El locutor advirtió:

—Las condiciones climatológicas de Skofer impiden una visión clara. Trataremos de subsanar la avería.

¿Avería?

Para Guli todo empezaba a estar claro. Ficción o realidad, presente o futuro estaba convencido de lo que allí ocurría.

Seres apenas invisibles, enormes bolsas transparentes envolvían a los recién llegados.

La impermeabilidad de sus trajes era perfectamente vulnerable a los invisibles tentáculos de aquellas bestias vivas que se pegaban a ellos impidiéndoles moverse.

La bruma no les dejaba ver, y los seres les rodeaban formando

una masa compacta y viscosa que se aplastaba contra ellos.

Una escafandra protectora quedó en el suelo, mientras la atmósfera letal ahogaba al hombre que era succionado por aquellas bolsas que semejaban el primitivo material plástico.

¡Seres repugnantes que se alimentaban de los cuerpos de quienes habían ido en su ayuda!

Y una voz gritando:

—Abran fuego. Quiten a esos monstruos invisibles de nosotros...

Una llamarada de fuego producida por un arma y aumento de la bruma, y nuevos gritos.

Eso no lo transmitía la pantalla, pero Guli lo vela bien. ¡Perfectamente bien!

Y empezaba a comprender.

Entonces vio de nuevo su cuarto-estudio, y la rana convertida en medusa, y la persona que estaba con ella.

¡Mayran!

—Ellos tienen ya su alimento —decía Mayran con su voz profunda, lejana.

—¡Mayran! —gritó Guli.

Y Mayran seguía hablando...

—Están ya en Skofer. Eso quiere decir que nuestra raza perdurará. Han atendido a las llamadas de auxilio. ¡Tendrán alimento!

¡Mayran estaba hablando con la medusa! ¡Con lo que antes había sido una rana!

Y la medusa —la ex rana— emitía unos gruñidos. Saltaba por encima del agua. Salía al exterior...

Guli creía entender aquel extraño lenguaje. El joven dotado de un extraño entendimiento podía percibir la intención de los sonidos de la «cosa».

—Tu lamentas que nuestra raza perviva, Mayran. Te has dejado influir por una amistad extraña.

—Es posible. He vivido en otro ambiente. Tenía un amigo, y le., he traicionado —respondía Mayran.

—No. Tú trataste de traicionarnos a nosotros. Estuviste a punto de hacerlo. Podías haber dejado que Guli muriera —respondía la «cosa».

—Nada se puede evitar.

—Sí, se puede...

—No se puede. Y el proyecto debía seguir. Así estaba previsto. El proyecto de que esos seres fueran hasta Skofer. Necesitábamos a Guli vivo. Le necesitábamos para que la nave de este habitáculo llevara sustento a los nuestros. ¡Ellos, eran el sustento!

Guli «veía» aterrado la escena. Comprendía todo, mientras su amigo Mayran seguía hablando.

—Por eso he cometido traición. Es mi única falta. Guli creía en mí. Para él yo era algo importante, casi un ídolo. Y le proporcioné el medio de comunicarse con vosotros. Le di el combustible para que pudieran llegar hasta Skofer. Cumplí... Cumplí mi misión. Empecé haciendo la prueba, probando este ambiente y te dejé a ti con una figura de rana. Tú y yo no somos más que vulgares espías.

—Deja ya de decir estupideces —creyó entender Guli—. La misión está cumplida. Tenías que hacerlo.

—¡No!

—Nuestros mayores nunca confiaron demasiado en ti, Mayran —decía la medusa.

—Mandé a la muerte a otros seres. Les pedíamos ayuda y ellos acudieron a prestárnosla sin sospechar que la única ayuda que podían ofrecernos eran sus propios cuerpos...

—Es la ley. Procurarse alimento o perecer. En este planeta estaba lo que buscábamos, Mayran. Tenía que ser así. ¡Tú eres de los nuestros!

—¡Ya no! Yo amo a los «seres» de este planeta. Los «amo» como ellos puedan amar y cuidar a los seres que consideran inferiores.

—No, Mayran. Dijiste que experimentaran conmigo. | ¡Querías eliminarme!

—¡Sabía que te salvarías, maldito ser repelente! Ellos 1 hubieran podido matarte, pero te conservaron con vida.

—Tú has tomado su forma, y ahora te avergüenzas de tu raza.

—¡Hay que conocer a los seres para saber si son tus amigos, y ellos no lo son. ¡Han acudido en nuestra ayuda. Y si algo bueno he aprendido en este planeta, es el sentido de la amistad. Una amistad que he traicionado.

—¡Han acudido para darse importancia! Para ellos era una cuestión de prestigio. Un triunfo de su inteligencia. ¡De su estúpida inteligencia! Si no les hubieses facilitado el camino jamás habrían

descubierto el combustible para llegar, a nosotros.

Guli estaba anonadado. Estaba comprendiendo toda la verdad. La había comprendido ya.

¡Era una trampa!

¡Una trampa!

Mayran era un agente de Skofer. Un ente tan repugnante como aquella medusa que se había introducido en el planeta en busca de un imbécil que le creyera. ¡Y el imbécil había sido él, el propio Guli!

Le había facilitado lo necesario para que sus coetáneos pudieran llegar hasta Skofer y servir de alimento a unos seres repugnantes que vivían en un aire viciado y se alimentaban de seres vivos.

¡Cielos!

Pero el drama no había terminado, y Guli no podía sustraerse a aquella visión.

En aquel instante la medusa saltó sobre Mayran.

Guli recordó que su amigo había dicho:

—«Mi momento está próximo.»

No había querido decirle cómo y cuándo sucedería.

Le había mentado. Era su misión.

Pero ahora la medusa estaba pegada al cuerpo de Mayran que trataba de luchar contra ella.

—Te has impregnado de la vitalidad de esos seres —decía la repugnante forma viscosa.

Y Mayran se debatía para salvar su vida inútilmente.

Fue entonces cuando apareció la madre de Guli. Giulia, momentos antes había sentido curiosidad por las palabras de su hijo; Guli le había preguntado:

—¿Has entrado en mi estudio?

—No —había replicado ella.

Pero su madre sabía que Guli no había lanzado la pregunta por azar. Sabía que tras su intranquilidad se encontraba un motivo.

Por eso entró.

Entró a tiempo de ver a Mayran luchando contra algo invisible.

Quedó aterrada.

Así la había visto en su anterior premonición su hijo.

Luego gritó.

Gritó cuando vio cómo Mayran se convertía poco a poco en la

nada. Y dos seres viscosos se arrastraban por el suelo... luego desaparecían... ¡Muertos!. Y come auténticas medusas, iban perdiendo su vitalidad hasta quedar convertidos en... líquido, agua tal vez que se iba evaporando lentamente.

—¡No! —gritó Guli.

## CAPÍTULO XX

—¡Guli! ¿Qué te ocurre? —fue Maya quien volvió al joven a la realidad.

Guli había vivido ya «esa realidad».

Pero en la pantalla aparecía la segunda nave con su padre a bordo.

El locutor repetía:

—La segunda nave que transporta los científicos sigue su rumbo. Esos abnegados e inteligentes hombres no quieren perderse la prioridad de hallar nuevos descubrimientos para nuestro mundo.

Guli, trastornado, absorto en sus propios pensamientos volvió a ver un plano de los científicos, de su padre...

Un plano general en la pantalla mostró la nave.

—Mi padre. No es posible que... ¡Cielos! Corre un grave riesgo. ¡Skofer es un planeta de muerte!

¿De muerte?

La pantalla por unos momentos reflejó el nombre de la nave.

«Promotor II».

—¡Cielos! Es la nave.

Sí. Era la nave de sus premoniciones. La nave que iba a desintegrarse.

—¡No! —gritó y salió corriendo.

—¡Guli! ¿Qué te ocurre? —volvió a preguntar la muchacha.

—Tengo que impedirlo. Tengo que impedir el futuro —gritó el joven.

Instantes después su bólido volaba materialmente hacia la base.

Por el sendero desierto de la metalizada ciudad se puso en contacto con los suyos.

La pequeña pantalla del bólido se iluminó para dar paso al rostro demudado de su madre.

—¡Guli! Eres tú. He entrado en tu estudio. ¡Cielos! Ha sido horrible.

: —Lo sé, mamá. ¿Te encuentras bien?. —se limitó a responder Guli.

—Ahora sí, pero...

—Sé lo que ha ocurrido, mamá. Tú ya no tienes nada que temer.

No podía extenderse en detalles. Su madre no se hallaba en peligro. Lo suyo había sido sólo un shock. Una sensación de terror.

—Hijo. En tu estudio he visto...

—Sé perfectamente lo que has visto, mamá. Ahora voy a la base. Papá está en peligro. Ten confianza.

Cortó. Llegaba a la base.

Como un loco se dirigió a la tercera nave que se hallaba preparada. Dos pilotos esperaban órdenes. Charlaban de cosas intrascendentes. En realidad deseaban realizar aquel viaje con carburante especial.

El director apareció junto con otros técnicos.

—¡Guli!

—Esa nave debe partir. Se lo advierto: Ahora no admito dilaciones. Si no ordenan a los pilotos que suban, la tripularé yo mismo.

—¿Se ha vuelto loco, Guli?

—¡No tengo tiempo de discutir!

Se metió en la nave. Había armas mortíferas en su interior. Toda persona atenta a las normas sabía dónde estaban esas armas. Por eso a Guli no le costó trabajo desconectar una especie de fusil que se hallaba en la pared. Apareció con él.

—No me importa saltarme las normas. Tengo que salvar la «Promotor II», desgraciadamente ya nada se puede hacer por la primera...

Fue todo muy rápido. Nadie sabía lo que pasaba. Guli no tenía tiempo y ordenó a los pilotos que subieran.

—¡A toda marcha! No esperen estúpidas instrucciones. Éste es un vuelo urgente.

—Nadie nos ha declarado la guerra —dijo uno de los dos pilotos.

—¡Es una emergencia! —gritó Guli. Y él mismo tiró de una palanca.

El combustible hizo la reacción. La nave salió impulsada.

—Esto no es normal —murmuró el segundo piloto.

—Preparen las subnaves. Hay que salvar a los supervivientes de la «Promotor II», si es que llegamos a tiempo —manifestó Guli, mirando el espacio.

La velocidad extraordinaria de la nave, puesta a su máximo ritmo no se notaba en absoluto desde el interior. No prevalecía la necesidad de sujetarse.

—¿La «Promotor II»? ¿Qué es lo que ocurre? —preguntó uno de los pilotos.

—Está en peligro. ¡Va a estallar! Alcáncenla. ¡Vamos! tenemos que agotar todas las posibilidades. ¡Abordarla si es necesario!

—¡Abordar una nave! —exclamó un piloto.

De la base estaba hablando el director del Centro.

—Guli. ¡Atienda, Guli!

—Ahora, señor.

—Creo comprender lo que le sucede, Guli. Pero escúcheme...

—Si me equivoco, señor, aceptaré el castigo, pero lo que hago está perfectamente justificado —repuso y cortó la comunicación.

Los dos pilotos se miraron como si estuvieran controlados por un loco. Guli trató de tranquilizarlos a pesar de su estado de ánimo.

—Les aseguro que sé perfectamente lo que hago. ¡Vamos!

En aquellos momentos, en la base se restableció la comunicación del «Promotor I». Entre las brumas todo el país pudo ver el horrible espectáculo.

El director fue el primero en lanzar la exclamación.

—¡No! No es posible. —Cerca de la nave, los cuerpos flácidos de los componentes de la primera expedición se hallaban diseminados.

—¡Han muerto! Guli lo ha presentido. Guli lo ha presentido.

Pero Guli ya no pensaba en los desgraciados a quienes no podía prestar auxilio. Pensaba en la «Promotor II». Pensaba en su padre...

—¡La «Promotor II»! —exclamó la voz del piloto que en aquellos instantes manejaba los mandos de la nave..

La máxima velocidad alcanzada por el bólido, logró dar alcance a la nave en que viajaba el padre de Guli y los otros científicos.

—¡Tengan preparado el equipo de salvamento! ¡Los tubos individuales! Conecten con la nave. ¡Rápido! ¡Que se preparen para salir!

Los dos pilotos se miraron sorprendidos. El pitido de la conexión desde la base fue decisivo porque uno de los hombres estableció conexión y la voz del director de la Central pareció dar fuerza a las intenciones de Guli.

—Seis naves van a acudir en su auxilio, Guli. ¡Tengan confianza!

—Gracias, señor —repuso el joven.

Los dos hombres ignoraban el alcance de lo ocurrido, pero al oír la voz del director comprendieron que se trataba de algo grave.

En aquel instante uno de los pilotos de la «Promotor II» lanzó el aviso.

—Fallo en los inductores. Presión insostenible. ¡Peligro!

—¡Es el momento! —gritó a su vez Guli.

El momento de cambiar el futuro. El momento de rectificar lo que por varias veces había visto suceder.

—¡Prepárense para abandonar la nave! ¡Utilicen los tubos de emergencia! —gritó a través del emisor.

—¿Desde dónde hablan? —inquirió el de «Promotor II».. — Desde una nave de socorro. Soy Guli.

El profesor debió comprender que aquella vez iba a suceder «algo».

—Los tubos —murmuró.

Se refería a los pequeños cilindros de material flácido que permitían salir al exterior por un tiempo ilimitado.

Pero ya no había tiempo.

—¡Rápido! ¡Rápido!—gritaba Guli.

Se produjo la explosión.

Y Guli volvió a vivir aquellas escenas que por dos veces había «visto» en su mente.

Estaban muy próximos a la nave. Entre brumas. —¡Es muy peligroso! —gritó uno de los pilotos. —Hay que acercarse más —replicó Guli tajante.

Y en su mente se formaron las palabras de Mayran, y la voz que había adoptado para hablar con él:

LO QUE TIENE QUE SUCEDER, SUCEDERÁ.

A través del visor vio el rostro de dolor de su padre, y por un instante confundió las imágenes de su cerebro con las reales.

¡Y aquello era real!.

Su padre había salido despedido, pero ¡dentro del tubo!

protector. Quizá estuviese herido, pero no había sido despedazado como los otros.

—¡Abran las compuertas de emergencia para proceder al salvamento!

Entretanto saltaban pedazos humanos mezclados con partículas de la nave siniestrada.

Era la visión convertida en realidad. ¡Pero su padre vivía!

La compuerta se abrió y el propio Guli enfundado con el equipo soltó el cable magnético para engancharlo al tubo salvador.

Poco después, el profesor pasaba al interior de la nave. Había sido el único superviviente.

Abrió rápidamente el tubo. Vio a su padre herido.

—No te preocupes. Regresaremos inmediatamente. Estas naves ahora son muy rápidas. Es lo único bueno que hizo Mayran.

Su padre sonrió ligeramente y se desmayó.

El regreso fue inmediato, y Guli pensando en sus premoniciones llegó a una conclusión.

—Cierto que lo vi «casi» todo porque yo pensé que papá moriría también, pero en realidad eso no logré verlo. Todo se ha cumplido.

# EPÍLOGO

—... pero todo se ha cumplido —repitió Guli ante el Consejo Privado—. Quizá nunca lleguen a tener pruebas concretas. Sólo puedo decirles que Mayran era un enviado, quizá en el fondo había llegado a comprendernos. Quiero creer que llegó a apreciarme, pero él tampoco podía hacer nada para evitar lo que tenía que suceder. Ahora ya conocen toda la historia.

—Recibimos una llamada en los últimos momentos, Guli. Un superviviente de la «Promotor I» habló de un ataque de unas formas transparentes. Eso hace en parte más verosímil su explicación. De todos modos hay muchas cosas incomprensibles.

—Son mundos diferentes habitados por otras formas de vida que poseen una rara inteligencia. No cuentan con nuestros métodos, pero saben la forma de subsistir. Mayran y la rana eran enviados, nunca sabremos cómo adoptaron esas formas, pero insisto, Mayran había llegado a comprendernos...

—Seguiremos hablando de esto, Guli. Ahora si lo desea puede ir a ver a su padre.

El profesor Lom padecía graves heridas, pero las técnicas hospitalarias eran excelentes por fortuna.

—Quizá no seamos tan inteligentes como esos seres —admitió el profesor— pero me salvaré. No sufráis por mí. Lo que lamento es no haber podido verlos.

—No lo lamente, papá. Es un horror.

Fuera del Centro Hospitalario le esperaba Maya. Por el firmamento cruzaba un punto que se perdió en el infinito. Una nave con el nuevo combustible ya aplicado a todos los bólidos.

—Sí. Algo hemos ganado, pero siempre a costa de algunas vidas.

—¿Por qué no vamos a descansar un par de jornadas, Guli? —preguntó ella—. Así no pensarás más en esto.

—Sí, Maya, pero tendré que seguir pensando. Al fin y al cabo, conocer me ha permitido salvar a mi padre. —Calló en seco y rectificó—. No. Ni siquiera esto. Mi padre no tenía que morir en ese momento.

Ella se le quedó mirando, y el joven, añadió pensativo:

—Pienso que la vida y la muerte no dependen exclusivamente de nosotros. Debe de existir alguien más... ALGUIEN mucho más poderoso que todos los seres de todas las galaxias. Alguien que lo tiene todo dispuesto. Un Ser Supremo.

FIN